



ALMARQUE



DEL

Comico

Madrid



Pilla

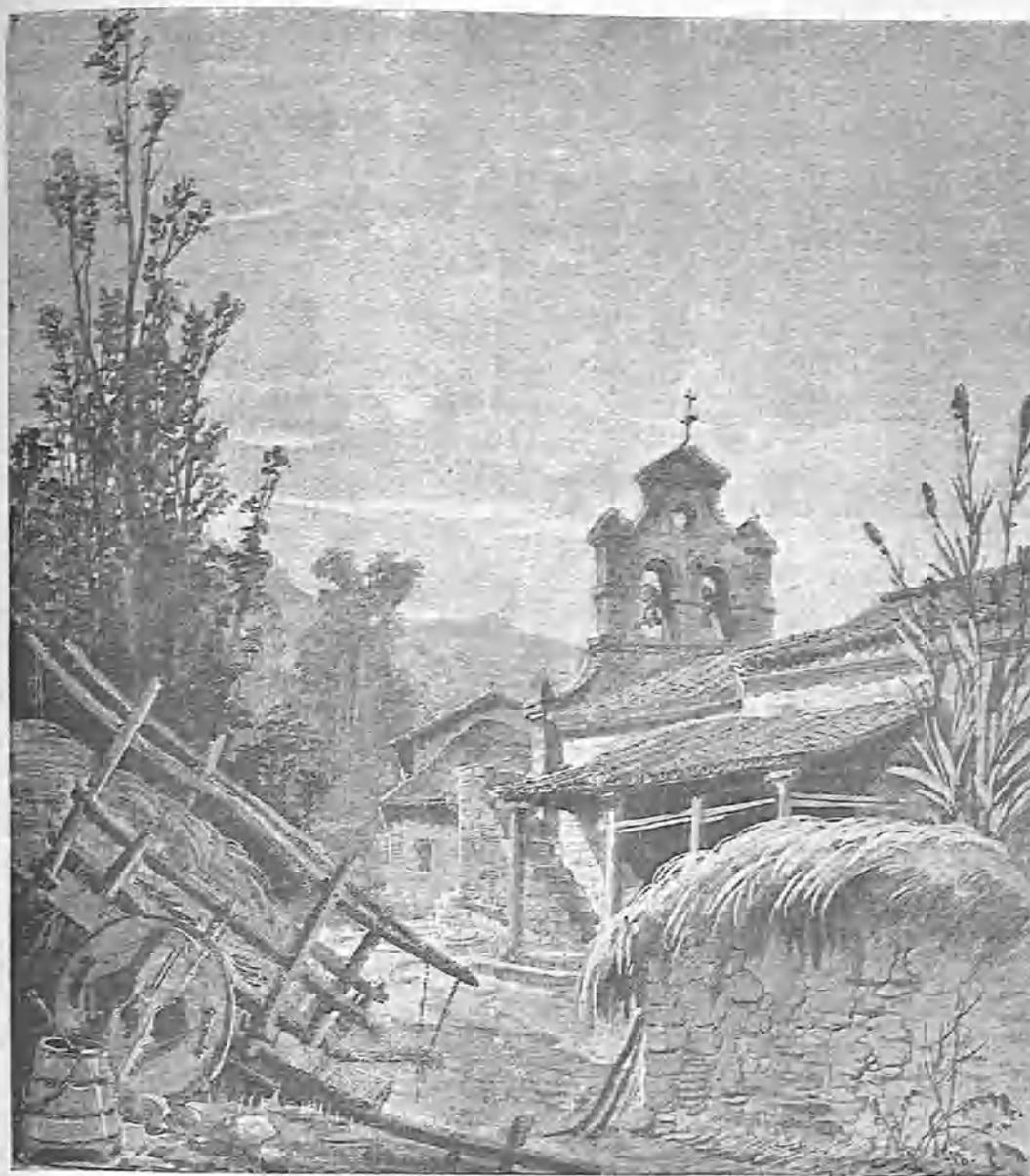


PARA

Preço: 50 cénts.

1896

APUNTE DE CABORNERA (LEÓN), por Amalio Fernández.



¿Qué va á pasar aquí?

Á tiempo á regirnos vuelves,
endiablado dios Mercurio,
pues Marte nos deja en guerra
y persiguiendo *chanchulleros*.

Si á él le robaste la espada,
como el tridente á Neptuno,
siendo el dios de los ladrones,
apenas naciste al mundo;
mira que aun con esas armas,
si las tienes en buen uso,
rotas y filibusteros
van á disputarte el triunfo.

Hazañas de ti no aguardo
que aquí nos sirvan de escudo,
pues alas en los talones
son del cobarde atributo.

Correr y aun volar con ellas
te hicieron los dioses *cuecos*,
que hallaron en ti alcahuete,
corre-ve y dile de *infundios*.

¿Que eres dios de la elocuencia?
Pues á escucharte renuncio;
que aquí todos los que roban
se defienden con discursos.

¿Que eres el dios del comercio?
Pues en cuenta te lo apunto,
para que luego en tus cuentas
no cobres *ciento por uno*.

«¿Qué pasará aquí contigo»,
desolado me pregunto
cuando, antes de ser gobierno,
por tu historia no te sufro?

¿Qué va á pasar, cielo santo,
si en tus malas artes dúchos,
para ayudarte á que comas
te esperan ya tantos *puntos*?

La espada á Marte robada
sable será de seguro
con que tires á la bolsa
de cuantos pagan tributos.

Serás, con aquel tri-pincho
del marino dios caduco,
visitador de fieltos,
defraudador de *consumos*.

Cortada te hallas la tela
para todos los abusos;
cómplices no han de faltarte
que al robo tomen el pulso.

Y aunque un juez te los procese
sólo por darles un susto,
en tu concha de galápago
por fin guardarán el bulto.

Pues todo un año gobiernas
y está el robar tan en uso,
al fin de los doce meses
ya estamos todos desnudos.

Eduardo Bustillo.

¡Este año, no!

Lo tengo muy meditado
y al plan he de sujetarme.
Este año no ha de pasarme
lo que me pasó el pasado.

Caro lector, ya verás
cuán distinta es mi existencia.
De algo sirve la experiencia,
y ya tengo un año más.

De mi programa sencillo
hoy la conveniencia invoco.
Ya basta de hacer el loco,
que no soy ningún chiquillo.

Mí té, después de cenar,
y no salgo por la noche.
Treinta pesetas de coche
me vengo á economizar.

Y me ahorro de esa manera,
si voy á cualquier teatro,
el escuchar más de cuatro
tonterías de cualquiera,

ó morir á lo mejor
de un trastazo, no ¡canastos!
porque cuidado que hay *trastos*
en un escenario... ¡Horror!

Ó que del cuarto, indignada,
me haga una tiple salir,
porque se vaya á vestir,
que no veo la tostada.

Año nuevo, nueva vida.
No me abre más el sereno.

Paso la noche en el seno
de la familia querida.

Por la mañana, á las siete,
me levanto de la cama
y, si no planeo un drama,
me cargo el plan de un sainete.

Pero nada de escribir
obras de defectos llenas.
¡Quíá! No, señor, obras buenas,
que se tengan que aplaudir.

Con pensamiento profundo
y problemas palpitantes,
porque, obras malas, bastantes
llevo hechas en este mundo.

Diversiones, el billar,
donde en desigual pelea
le pego á Julián Romea,
que es un *Vignieu* ó un *Gaffar*.

Al billar, quien sabe gana,
no pasa lo que al tresillo,
que á veces me da *cofillo*
un *Perico Ruic de Arana*.

Un amigo desleal
que, podrá ser buen artista,
pero lo que es *tresillista*...
¡juega menos que *Vital*!

Lo que es viéndome perder
no habrá tonto que disfrute.
Ya no juego más que al *tute*
con *Greta* y con *Aguader*.

¡El tute! ¡Qué variedad!
A mí me divierte doble
y es un juego digno y noble...
¡Un juego de *sociedad*!

Vivir quiero descansado
y á este plan he de ajustarme.
¡Este año no ha de pasarme
lo que me pasó el pasado!

José Jackson Veyán.

Dolora.

AMOR Y CELOS

Faltando de los cielos
á la equidad divina,
decía la imperiosa Catalina,
hablando de su amor y de sus celos:
«Para ellos, los castigos más veniales;
para ellas, las venganzas más crueles;
porque, aunque son los crímenes iguales,
la mujer, que perdona á sus infieles,
no perdona jamás á sus rivales.»

Campucamor.

El año benéfico.

¡Ah! Si no fuera por la beneficencia, ¿qué sería de nosotros?
Lo que hay es que los pobres somos, generalmente, ingratos.
Algunos abusan de su miseria, como varios ricos abusan de su
posición social.

Un mendigo por convicción y por principios, consecuente liberal y pordiosero, á quien yo solía socorrer modestamente, me dijo un día:

—No sea usted «mendigo» nunca, señorito, pero nunca.
—No lo permita Dios, y crea usted que si llegara sería contra mi voluntad —le aseguré.

—Porque esto ya no es aquello á que estábamos acostumbrados.

Por no ofenderle no quise replicar:

—Estaría usted.

—Hoy parece que hay más caridad, pero es un «mico».

Un «mico» quiso decir el pobre.

—No vaya usted jamás á parar en un asilo, ó, por lo menos, en ciertos asilos, porque le matarán de hambre ó le expulsarán inmediatamente.

—Dios me libre—volví á repetir.

—Es un escándalo, caballero, lo que ocurre en algunos de esos antros.

—¡Qué atrocidad!

—Allí—aclará el «mendigo», —como no sea usted, por fortuna, mujer joven y guapa y, de ser posible, nueva en esta plaza, ó, siendo hombre, se preste usted á servir de... «intérprete» á cuasi-cualquier jefe, no hacen caso de usted, ni le dan de comer más que un rancho indecente y sin ilustración alguna; amos, sin un gramo de carne ni de sustancia. O entra usted en el establecimiento por una puerta y le fechan por otra.

—¡Qué abuso! —«declamé».

—Yo he recorrido ya —prosiguió el «mendigo»— San Bernardino, Alcalá...

—Pues no le falta á usted más que París y Venecia.

—No se puede vivir allí, ni tiene uno autonomía para nada.

—Ni se podrán romper los moldes.

—¿Romper? Si, al que rompiera algo le romperian la crisma.

Ahora, mire usted, ese asilo del D. Alberto Aguilera y los círculos de recreo, ya es otra cosa, según me han dicho algunas personas.

Pero es quejarse de vicio, porque, salvo en algunos establecimientos de beneficencia, donde un día se amotinaron los acogidos ó los enfermos, porque las lentejas andan solas ó porque después de comer la menestra se sienten con deseos de balar tristemente, ó las nodrizas encargadas de la cría teórica de los expósitos, en el resto de la Península no ocurre novedad.

Durante el año, apenas ha trascurrido mes sin función benéfica.

En los teatros, en las plazas de toros.

Comedias, corridas, carreras de caballos naturales y de caballos de imitación, batallas de flores, regatas, y no recuerdo qué más.

¡Ah, sí! Kermeses en varias localidades, para que damas y señoritas principales vendan tabaco y sirvan café con media debajo, ó hagan de floristas ó floreras pimpollos aristocráticos, que producen el vértigo de Núñez de Arce.

¡Cuántas funciones han organizado en diversos teatros las asociaciones benéficas durante el año!

Solamente en el teatro de Variedades nuevo, en el de Martín y en algún otro se han efectuado funciones para redimir del servicio de las armas á varios abonados de la calle de Sevilla; para dotar á huérfanas de tío, para facilitar el viaje de las *Churracas* á baños de Ultramar ó á baños de asiento.

Para socorro de pueblos perjudicados por sus ayuntamientos ó por los temporales.

Esto, aparte de las funciones de beneficio para las familias necesitadas de los infelices naufragos del crucero *Reina Regente*, de la corrida para el establecimiento de sanatorios, de la fiesta bilingüe en el Español para beneficio de los pobres.

El país ha respondido siempre.

Algunos paisanos han respondido también, pero mal.

¡Ah, qué año el interfecto de 1895!

¡Qué año para la beneficencia!

Para Bartolo, para todos.

¡Qué tarde aquélla para ganaderos y toreros y empresario!

Con lágrimas en un ojo entregaba á la comisión de la Cruz Roja tres mil quinientas pesetas y un toro.

Es decir, un toro por mil setecientas cincuenta pesetas, procedente de empeño.

¡Ah! ¡Qué noche aquélla para Sarah Bernhardt y los Guerreros, padre é hija!

A cuatro mil pesetas, y dos para los pobres.

¡Dos mil quinientas!

Se explica el júbilo que embargaba —encore une fois— á la eminente Sarah.

Se entiende el regocijo de María, hija de Ramón.

Así lloraban y se besaban y abrazaban las insignes artistas.

Y Ramón debió presentarse también abrazado al galán francés.

Los espíritus cavilosos, los inflexibles é insoportables críticos dirán lo que quieran, pero el año ha sido fecundo en beneficencia.

Hasta los pobres de la prensa hemos conseguido una función en el Real á beneficio de la sociedad de chicos periodistas.

Los que hacemos gemir á la prensa diariamente ¿no habíamos de conmover á las personas pudientes y de buena voluntad?

¡Ah, qué año!

No lo olvidaremos fácilmente.

Eduardo de Palacio.

EVANGELIO POPULAR

Fué un tunante el abuelo de Palomo y su padre un bribón de tomo y lomo, y el tal Palomo fué desde chicuelo más pillo que su padre y que su abuelo. Pero dice el refrán que honra merece todo aquel que á los suyos se parece.

Miguel Ramo Carrón.

Un hombre convencido.

(POR APELES MESTRES)



—Desde el primer ciudadano



hasta el último



todos carecen de energía. ¡No hay resistencia!



El lazo de la familia está deshecho;



y si los hombres pacíficos no hacemos un esfuerzo sobrehumano..



¡la anarquía nos aplasta!

¡Bonito resumen!

Ó bonito resumen, como supongo que dirán los que confunden las palabras *resumiendo* y *reasumiendo* (que no son pocos); pero diganlo como quieran, nunca dejaré de ser bonito el resumen que un escritor inglés, cuyo nombre ignoro, ha hecho de la manoseada y sobadísima *cuestión social*, que se discute cada día más y cada día se entiende menos.

Verán ustedes.

El *sociólogo* inglés — y lo llamo *sociólogo* sin permiso de la Academia, y aun sin estar seguro de que lo sea efectivamente — pues como digo, el *sociólogo* inglés afirma que el hombre es pobre (cuando lo sea, querrá decir) por una de estas cuatro causas:

Ó porque no quiere trabajar,

Ó porque no sabe trabajar,
Ó porque no puede trabajar,
Ó porque, aun queriendo y sabiendo y pudiendo trabajar, no gana con su trabajo lo suficiente para cubrir sus necesidades.

Corriente. Doy por buenas y por solas esas causas de la pobreza: aunque se me figura que hay más, y creo también que el no querer y el no saber y el no poder trabajar no siempre determinan pobreza. ¡Oh! no, eso no; pues si todos los que no saben, ó no pueden ó no quieren trabajar fuesen pobres... casi no habría ricos en el mundo.

Pero, lo repito, no quiero discutir con el inglés; admito como verdaderas y solas esas causas, y voy á decir á ustedes cómo las destruye una á una el *sociólogo* aludido.

El cual se pregunta á sí mismo: —¿Qué debe hacer en cada uno de estos casos la sociedad?

Y se contesta — porque, eso sí, ese inglés viene á ser una especie de Juan Palomo; él se lo guisa y él se lo come; él se lo pregunta y él se lo contesta y todo queda en casa, — digo que se contesta en los términos siguientes:

Si el hombre no quiere trabajar, la sociedad debe hacerle trabajar.

Si el hombre no sabe trabajar, la sociedad debe enseñarle á trabajar.

Si el hombre no puede trabajar, la sociedad debe sostenerlo.

Si el hombre trabaja, pero no saca del trabajo lo bastante para cubrir sus necesidades, la sociedad debe disminuir esas necesidades ó aumentar los haberes.

Que es lo que llaman los hacendistas nivelar el presupuesto; para lo cual no hay efectivamente más que una de esas dos maneras: aumentar los ingresos ó disminuir los gastos; ó bien combinar prudentemente esta disminución con aquel aumento. Con que se llega más pronto al mismo resultado. Problemas complicadísimos son éstos, que está resolviendo todos los días cualquier patrona de huéspedes, con ó sin principio.

Pero el autor ó inventor de tan luminosa solución del pavoroso problema social no habría completado su obra si no nos hubiera dicho de qué manera puede hacerse lo que él propone; y como, según parece, no es hombre de dejar á medio hacer las cosas, torna á preguntarse:

—¿Cómo se hace esto?

Y retorna á responderse:

Al hombre que no quiere trabajar, se le hace trabajar por la justicia.

Al que no sabe trabajar, se le enseña á trabajar por la instrucción.

Al que no puede trabajar, se le sostiene por la caridad.

Y al que no tiene suficiente con lo que gana, se le aumentan los haberes ó se le disminuyen las necesidades por la conciencia.

Y... punto redondo.

¡Lo que vale el talento práctico de los ingleses!

Veán ustedes con qué admirable sencillez y en cuatro palotadas queda resuelto el problema que trae, hace mucho tiempo, preocupada á media humanidad y aun á la mitad de la otra media.

A mí, si he de hablar con franqueza, me queda algún escozor-cillo, ó digamos sospecha, de no haber comprendido muy bien todo el alcance de ese resumen.

Lo de enseñar al que no sabe y lo de sostener al que no puede, está bastante claro; pero no es nuevo.

Hace ya muchísimos años que se practica, sin que hasta hoy se haya resuelto por ese camino el problema.

Y habría que explicar también la extensión dada al *no puede*

Porque el que *no puede trabajar*, acaso esté inutilizado para el trabajo y acaso también sea apto para su labor, y no halle dónde ejercitar su aptitud. ¿Ha de sostenerlos la caridad al uno y al otro?

De esto nada nos dice el inglés.

Pero así y todo, vuelvo á decirlo, esas dos soluciones están claras y además son viejas; son tan viejas como las sociedades humanas.

Pero ¡caracoles! lo que es á las otras dos, el diablo que les meta el diente.

¿Que á quien no quiera se le haga trabajar por la justicia?

¿Y cómo se hace eso?

Pues anda, que aún es más arduo lo de disminuir las necesidades y aumentar los haberes por la conciencia.

Pero ¡vale la conciencia para que nos aumenten el sueldo, ó para que nos bajen los comestibles? ¡Qué demonio! Yo conciencia tengo, ¡pues no he de tenerla! Pero nunca me ha servido para esos menesteres.

A. Sánchez Pérez.

HOMBRES Y NIÑOS

Cuando chillan y corren y alborotan en sus juegos mis niños, sin cansarse, les pongo como ejemplo otros muchachos á quienes considero más formales.

Luego sé que los míos como ejemplo á los suyos también ponen sus padres... Y esto que pasa siempre con los chicos, ¡cuántas veces ocurre con los grandes!

Miguel Ramos Carrón.

La novelà

de la vida.



—Llévense dos mil demonios la colilla del cigarro, porque de tanto apurarla casi me quemo los labios.



—¡Dios bendiga á los grandes caballeros que tiran los cigarros casi enteros!

Dos cartas.

I
Lo he visto claro, María, tu amistad me aconsejaba lo que más me convenia; es verdad, si no salía de ese pueblo, me casaba. Porque ¿á qué lo he de ocultar? no era capricho ó tesón lo que me hacía luchar; no, que adoraba á Gaspar con todo mi corazón. Y viéndole enamorado, yo también enamorada —siempre te lo he confesado,— de fijo hubiera acabado

por dar una campanada. Y hoy, ya casada, sería triste vida de amargura y privaciones la mía: mil gracias á ti, María, que curaste mi locura. Tú me pintaste como era al que juzgué un caballero, al eterno calavera que buscaba la manera de derrochar mi dinero. Y, aunque herida y maltratada en mis primeros amores, vi en tu pintura acabada toda su vida pasada

de licencias y de horrores.

Hoy, por fin, ya me he curado, ya di al olvido á Gaspar, y lo pasado, pasado.... ¡Ay, si me hubiera casado! No lo quiero ni pensar.

Aquella batalla ruda me demostró el interés que tienes por mí: no hay duda, sin tu experiencia de viuda se hubiera perdido. —Inés.

II

Inés de mi corazón: No sé como principiar, porque sí, tienes razón; pero hay exageración

en lo que habló de Gaspar.

Dije que era un calavera, y hasta lo hubiera probado, porque es verdad que lo era; pero no dije que fuera un pillo tan redomado.

Pero, en fin, tú estás curada del amor que le tuviste, y eso es lo que más me agrada; porque no sintiera nada como el que estuvieses triste.

Y ahora te quiero dar una noticia, Inés mía, que sé que te ha de alegrar: me he casado con Gaspar esta mañana. — María.

Por la copia,
Eusebio Sierra.



La contribución.

TRAGICOMEDIA EN CUATRO ESCENAS

Escena primera.

Estación de Pinarés. Al amanecer. El campo cubierto de escarcha. Mucho frío. El tren parado delante del andén. Algunos viajeros de tercera corren á la cantina, donde se sirve café malo, pero caliente. Muchos se soplan las manos, otros dan patadas fuertes contra el suelo, otros se pascan, mientras se les prepara el café. Los empleados, pocos y mal vestidos, de la estación muestran actividad extraordinaria. Es que en un coche de lujo, en un *break*, viajan altos funcionarios de la Compañía y un ministro, el de Hacienda.

UN VIAJERO DE 3.^a

(Enfermo, de color de aceituna, muy débil, vestido con un traje claro muy ligero; se acerca, andando y hablando con dificultad, al jefe de la estación, que para con mucha prisa.)

¿Me hace el favor?

JEFE.

¿Qué hay?

VIAJERO DE 3.^a

¿Cuántos minutos para aquí?

JEFE.

¿No-lo ha oído usted? Cinco.

VIAJERO DE 3.^a

Pero como decían... que hoy... que se habían bajado unos señores que tienen que hacer ahí fuera... y se les esperaría... Penseba yo...

JEFE.

Eso no es cuenta de usted ni mía. (El jefe desaparece sin oír las excusas del viajero de 3.^a, que teme haber ofendido á aquel personaje.)

VIAJERO DE 3.^a

(A otro empleado de la estación.)

¿Se puede saber cuánto pararemos aquí?

EMPLEADO.

¡Uf! Lo menos un cuarto de hora. ¿No ha visto usted que se han apeado esos señores para ver las obras del puente? Lo menos un cuarto de hora.

VIAJERO DE 3.^a

(Con expresión de alegría y agradecimiento.)
Muchas gracias, muchas gracias... Pero ¿está usted seguro que un cuarto de hora lo menos?

EMPLEADO.

(Con el humor del jefe.)

Hombre, ¿quiere usted una hipoteca? (Se va.)

VIAJERO DE 3.^a

No, señor, gracias... Usted dispense... Basta la palabra... ¡Quince minutos! ¡Oh, sí, me decidí! ¡Dios mío, dame fuerzas! (Con gran trabajo, respirando con dificultad, se dirige hacia... *lo que no puede decirse.*) (Lee:) *Señoras*... ¡Aquí no! (Da otros cuantos pasos con gran dificultad.) (Lee:) *Caballeros*. (Vacila; muestra gran desaliento.) No hay más... Sí, aquí debe de ser. (Desaparece.) (Pasan tres minutos. Suena una campana.)

UNA VOZ.

Señores viajeros, ¡al tren!

(Los personajes del *break* ya han ocupado su coche. Al parecer, tienen prisa. Uno de ellos se dirige al jefe de estación, que se cuadra.)

EL PERSONAJE.

Sí, sí; ahora mismo. Pítele usted. El ministro se siente mal y hay que llegar cuanto antes á la ciudad...

(El empleado de marras habla en voz baja al jefe y señala al lugar por donde ha desaparecido el viajero de 3.^a El jefe hace un gesto de contrariedad y se encoge de hombros. El personaje se retira de la ventanilla. El jefe espera unos segundos. El empleado y algunos viajeros, que se dirigían corriendo al tren, hacen señas, como de quien mete prisa á alguien, en la dirección por donde ha desaparecido el viajero de 3.^a)

EL EMPLEADO.

¡Vamos, hombre, á escape!... Que se queda usted en tierra...

UN VIAJERO.

¡Que se va el tren! (Suena el pito.) ¡Que se va!... ¡Ese pobre hombre!... ¡Que no puede!... ¡Que se cae!... Allá ustedes. (Monta corriendo en su coche.)

EL EMPLEADO.

Pero ¿qué le pasa? (El tren empieza á moverse.)

VIAJERO DE 3.^a

(Aparece, arrastrándose casi, con una mano apoyada en el suelo y otra sujetando la ropa. Lívido, aterrado, habla con voz debilísima; quiere llegar al tren, que marcha.)

¡Socorro! ¡favor!... ¡Ayudarme, ayudarme! ¡No puedo, no puedo!... (Toca con una mano el estribo, un mozo de la estación y el empleado de antes se precipitan hacia él para contenerle.)

EL EMPLEADO.

¡Imprudente!... ¡Desgraciado!... ¡Que le arrasta, que le deshace el tren!...

VIAJERO DE 3.^a

¡Por Dios!... ¡Arriba!... Quiero morir allá... en Cardaña... junto á mi padre... ¡Falta tan poco!... ¡Ayuda, arriba!...

MUCHAS VOCES.

¡Imposible!... (Quieren ayudarle los de dentro y los de fuera. Se abre una portezuela, se tienden varias manos. Todo inútil. El tren sigue, el viajero de 3.^a cae sin sentido en brazos del mozo de la estación. Todas las ventanillas, las del *break* inclusive, llenas de cabezas. Curiosidad inútil. El tren desaparece.)

VOCES EN EL TREN.

¿Quién es? ¿Quién será?

OTRAS VOCES.

Dicen que es un soldado de Cuba que viene por enfermo...

Escena segunda.

Cardaña. La estación. Mucho frío. Muy poca gente en el andén. Un viejillo ochentón, apoyado en muletas, rendido de fatiga, se arrima á una columna de hierro y mira con ansiedad hacia la parte de Pinares, por donde va á llegar el tren. Llega el tren. Nadie se apea. ¡Un minuto de parada! grita una voz. Suena inmediatamente una campana, luego un silbido y el tren emprende la marcha.



EL VIEJO.

¡Dios mío! ¿Qué es esto? Nadie, nada... ¿Se habrá dormido? No, imposible. Es que no viene. ¿Dónde se ha quedado? Si debía llegar ahora, sin falta... ¡Enfermo, enfermo por el camino!... ¡Mi Nicolás, Nicolás!... Nada; no viene... y ya se aleja el tren... ¡No viene... no viene!... ¡Dios mío!...

EL JEFE DE LA ESTACIÓN.

¿Qué es eso, señor Paco? ¿Qué le sucede? ¿Le han arrojado ya de su casa esos caballeros mandones?

EL VIEJO.

No... si ahora no es eso... No es la casa... Es mi hijo... Nicolás, que vuelve de Cuba muy enfermo, deshaciéndose... y debía llegar en este tren... ¡y nada!

EL JEFE.

Calma, hombre; vendrá mañana.

EL VIEJO.

No, no; ¡me da el corazón una desgracia!... ¡Hoy, hoy, era hoy!... Algo le pasó en el camino.

JEFE.

Vaya, que es usted el rigor de las desdichas. Pero ¿qué hay de eso? ¿Es verdad que le han vendido á usted la huerta y la chozuca por mal pagador, por rebelarse contra el comisionado?... ¡Ja, ja! Usted, señor Paco, siempre tan... faccioso. Pero ¿no sabe que el que no paga la contribución... la paga de todas maneras?

VIEJO.

Yo no podía pagar. ¡Les abandoné mi pobreza! Pero de mi rincón no me han echado todavía... ¡Ni me echarán! Quiero mi cama en mi choza para mi hijo que viene enfermo de Cuba...

JEFE.

¡Pero si le han vendido la choza, si ya no tiene allí nada suyo más que la cama!... Usted lo dice, usted se lo abandonó todo.

VIEJO.

(Irritándose.) Si, lo abandoné porque no podía pagar trimestres y más trimestres... Me pedían un dineral... Una injusticia... Mientras pude trabajar, pagué á regañadientes, pero pagué; ahora solo, baldado, inútil, sin trabajo... apenas como... y he de pagar... ¿Con qué? ¡Rayos! ¡Mi casa, la huerta!... Se la llevaron, bueno; ya es de otro... ¡Rayos! Pero si Nicolás llega enfermo, ¿dónde le meto? ¡Vive Dios! ¡En mi choza, en su casa!

JEFE.

Juicio, juicio, señor Paco. Con los mandones no se juega. No haga usted un disparate. Y salga, que esto se queda solo y yo me voy arriba.

VIEJO.

(Saliendo de la estación hacia el pueblo.)
¡Dios mío! Pero ¿dónde está mi hijo? ¡Enfermo!... ¡Abandonado en el camino!... ¡Muerto, acaso muerto!

Escena tercera.

La tarde del mismo día. Calle de aldeas, solitaria, delante de la casucha del señor Paco. El alcalde y dos hombres mal encarados, vestidos á lo ciudadano, pero con mala ropa, se acercan al señor Paco, sentado á la puerta de su casa.

EL ALCALDE.

¡Ea, señor Paco, esto se acabó! La paciencia, y todo, se acaba.

EL SEÑOR PACO.

¿Qué quiere usted decir, señor alcalde?

EL ALCALDE.

Que estos señores vienen á tomar posesión de lo que es suyo. Que esta casa ya no es de usted. Que usted ha dejado que la Hacienda se incautase de sus bienes, y sin mezclarse usted en nada, despreciando la ley, como si ésta no tuviera que cumplirse, ha visto sin moverse que, paso tras paso, como pide la justicia, se fueran llenando todos los requisitos para dejarle á usted en la calle... Y ahora que eso ya es de otro, de este caballero que acompaña al señor comisionado, á quien usted conoce...

SEÑOR PACO.

Sí, demasiado.

EL ALCALDE.

Ahora que usted no tiene ahí dentro más que unos pocos muebles, ni quiere sacarlos, ni se va con la música á otra parte... y eso no está en el orden. Haber pagado á su tiempo.

SEÑOR PACO.

No tenía con qué.

EL ALCALDE.

Eso no es cuenta mía. Ni esto tampoco. Entendámonos: estos señores recurren á mí porque, por la presente, y á falta de mejor... postor... eso es, soy la fuerza pública, vamos al decir. Está usted ejecutado; la ley ya no tiene más que hacer... á no ser que quiera que materialmente se le eche á patadas...

EL SEÑOR PACO.

¡Atrévase usted, señor alcalde!...

EL ALCALDE.

No, yo no. Es usted un pobre viejo. Pero vendrá la guardia civil, ya que es usted tan testarudo. Este caballero ya ha estado aquí tres veces. Tiene razón al quejarse de que no se le haya hecho salir de aquí á usted á su debido tiempo. Por lástima han hecho todos la vista gorda hasta llegar el último momento... Pero ésta es la de vámonos. Tanto derecho tiene usted á estar en esta casa como en la mía. Yo, por motivos de orden público, digámoslo así, vengo á darle el último aviso por las buenas. Este señor ya está cansado de aguantarle... Conque, ó deja usted libre la puerta... ó vienen los guardias ¡y hay violencia!

EL SEÑOR PACO.

¡Que venga un ejército! Que me maten... de aquí no me muevo. Espero á mi hijo... á Nicolás... que viene muy enfermo... ¡Dios mío! ¡Si llega! ¿En dónde le acuesto? Viene de Cuba... deshaciéndose... Mi cama es suya... ahí, en ese rincón donde nació... donde moriremos los dos abrazados... en nuestra casa, donde murió su madre... en mi choza... mía, pese á todas las contribuciones del mundo. No pago porque no puedo... ¡pero mi casa es mía!

EL COMISIONADO.

Señor Paco, esta casa es de este caballero, que la ha adquirido del Estado en la forma que señala la ley y con todos los requisitos del caso; hace mucho tiempo que está usted aquí de sobra. Bastante se ha levantado el brazo. Si usted no hubiese sido terco... si hubiera pagado...

EL SEÑOR PACO.

(Sombrio, como trastornado.)

Esta casa es para mi hijo... Ahí, en esa cama moriremos los dos... abrazados... ¡Si viene! ¡Si no ha muerto por el camino!

EL BUENO NUEVO.

Nada, nada; yo no sirvo para ver estas cosas. Que se cumpla la ley en todos sus extremos. Yo me voy y volveré cuando la fuerza me haya dejado mi propiedad libre de estorbos... Con Dios, señores.

EL ALCALDE.

Espere usted. Ea, tío Paco, ya se me sube á mí el humo á las narices. Aquí ya no hay civiles que valgan; yo soy alcalde... F

me basto y me sobro... Deje usted libre el paso... ó me lo llevo á la cárcel...

EL SEÑOR PACO.

(Blandiendo una muleta.)

Moriré aquí dando palos al que se acerque.. En muriendo los dos... ahí dentro, en esa cama, cargad con todo. Llevadnos de limosna al campo santo... y todo es vuestro. Pero me da el corazón, miserables, que si os abandono la choza antes que él venga... no vendrá; se habrá muerto en el camino, en el barco, entre las ruedas del tren, ¡qué sé yo! Si le aguarda su cama, en su choza... en el rincón donde nació... vendrá, si, vendrá... ¡Se lo pido á Dios de rodillas!

(Se arrodilla temblando y apoyando las manos en el suelo. Silencio solemne. Aquellos cafres callan con respeto, relativo, á la desgracia y á la oración del anciano.)

Escena cuarta y última.

Se oye el ruido estridente de las ruedas de una carreta del país. Aparece por la calleja que desemboca frente á la choza del Sr. Paco una carreta de bueyes guiada por un aldeano y escoltada por dos civiles. Dentro de la carreta un bulto largo cubierto con un lienzo gris.

UN GUARDIA CIVIL.

Aquí es, Señores, ¿no vive aquí el señor Paco Muñiz de la Muñiza?

EL ALCALDE.

Ahí le tienen... A buen tiempo llegan, señores guardias... Yo soy el alcalde del pueblo, y este hombre...

EL GUARDIA.

Espere un poco, señor alcalde. El caso es...

EL SEÑOR PACO.

(Como iluminado por una revelación al ver la carreta, se dirige hacia ella, sin apoyarse en las muletas, que arroja; levanta el lienzo gris, descubre un cadáver y se abraza, entre alaridos, al muerto.) ¡Nicolás! ¡Mi hijo! ¡Mi Colasín!

EL ALDEANO.

(Al alcalde.)

Se nos ha muerto en el camino. Es un soldado de Cuba que venía por enfermo. Se bajó en Pinares... no pudo montar en el tren... y se moría. Suplicó que por caridad se le trajera á Caraña... á morir en su casa, junto á su padre...

EL SEÑOR PACO.

(Incorporándose airado, como loco.)



¡Miserables, dejadme lo mío! ¡Ya pago, ya pago! ¡No me robáis por que no pagaba?... ¿Y ese hijo? ¿Y esa vida? ¡Alcalde, ahí tienes la contribución! ¡Entierramela! (Con las manos crispadas señala al muerto.)

TELÓN MUY LENTO

Clarín.

UN RAPTO.



...y á las doce en punto te esperaré en el balcón. Tú arrimas la escalera del farolero y... huimos para siempre de esta tiranía que impide nuestra felicidad.



—¡Las doce! ¡Cómo me palpita el corazón! ¡Este es el momento más solemne de mi vida!



—¡Ahí está! No hables, monina; no vaya á despertarse alguno de la casa.

Un tipo.



—Silencio! que creo que ha doblado la esquina la pareja de guardias...



—¡Ángel mío! pesas menos que una pluma. Pronto llegamos a mi casa, y allí... ¡que nos cojan si quieren!



—¡Cielos! ¡Si he traído el maniquí que pone al balcón la modista de al lado!

Persona es Conrado Estrada digna de ser estudiada. Se las arregla de un modo que el hombre lo empieza todo y nunca concluye nada.

Por donde quiera que fui numerosos tipos vi parecidos al citado; pero igual á don Conrado no hay ninguno por ahí.

¿Principia muy diligente cualquier negocio importante? Pues, aunque gane bastante, se sabe seguramente que no lo lleva adelante.

Comienza el pobre señor sus cartas, y á lo mejor deja en vilo el pensamiento. ¡Nunca ha llegado al «atento y seguro servidor!»

Si ve una misa empezar, jamás la acaba de oír, porque se suele cansar y nunca llega al alzar y menos al consumir.

En fin, no es fácil que goce comiendo, pues se conoce que hasta le cansa el mantel, y á veces se queda en el garbanzo número doce.

Seis obras (ninguna buena) comenzó y aunque con pena las fué dejando una á una. ¡Que me emplumen si en alguna pasó de la cuarta escena!

Cuentan que un día compró un cerdo, que lo encerró y se comió la mitad.

Pero luego se cansó... y lo puso en libertad.

Cuando se viste, da risa, pues aunque empieza de prisa, de la camisa no pasa, y al fin no sale de casa por no salir en camisa.

Procura con interés lavarse todos los pies; pero se llega á cansar y se lava sólo tres y uno queda sin lavar.

Desde la calle Mayor va á ver á su primo Ignacio, que vive en la del Tutor. ¡Llega á verle! No, señor. Se vuelve desde palacio.

Cuando intenta ir á Baileán á ver á su hermano Floro, comienza el viaje muy bien; pero se baja del tren entre Pinto y Valdemoro.

Lector, si algo has de cobrar de don Conrado, tu queja no se ha de hacer esperar, porque él se pone á pagar, pero se cansa y lo deja.

Raro es el tipo en cuestión; mas ¿quieres que te presente por vía de conclusión su rasgo más elocuente? Pues oye con atención:

En diez meses don Conrado tres veces se ha desposado, ¡tres en tan breve período! ¡Calcula si está arraigado su afán de empezarlo todo!

Juan Pérez Guínaga.

¿La firma?

El compromiso de escribir me aplasta y el fin del plazo llega.

Sinesio dice que la firma basta. Pues allá va:

Ricardo de la Vega.

Resignación.

I

¿Conque tu mamá se opone y tan decidida está...

¡Pues no sabe tu mamá, con eso, á lo que se expone!

Á agotar nuestra paciencia y á que, al ver su intolerancia, burlemos su vigilancia y huyamos de su presencia.

¿Pues no pretende, atrevida, que no me quieras, Dolores, si es quitarme tus amores como quitarme la vida?

¿Y quién tiene abnegación en tan sublimes momentos para torcer los violentos impulsos del corazón?

¡Nada! ¡Fuera tonterías y necias contemplaciones! Si, escuchando mis razones, en mi cariño confías, ten valor, resuelve ya, y á las nueve de esta noche e esperaré con un coche en la Puerta de Alcalá.

II

Aunque me asaltan temores de... vamos, de no sé qué, juro que no faltaré. ¡Hasta la noche!—Dolores.

III

¿Quién lo pudo suponer despues de lo que pasó!

¿Conque aún insiste en que no, sin dar su bravo á torcer?

Pues bien, ante esa insistencia, debemos obrar con juicio y llegar al sacrificio en aras de la obediencia.

Sé lo horrible que va á ser renunciar á estos amores, pero ante todo, Dolores, se impone nuestro deber.

Y, pensando honradamente, bien claro está y bien conciso: el mío, ceder sumiso, y el tuyo, ser obediente.

Si tu mamá lo dispone —y es muy lista tú mamá,— alguna razón tendrá cuando tan tenaz se opone.

Hay que tener decisión en tan críticos momentos y dominar los violentos impulsos del corazón,

impulsos que, sin jactancia, se dominan en un día, con un poco de energía y otro poco de constancia.

Yo te querré siempre, sí, y aquello... no se sabrá... ¡Pero obedece á mamá y no pienses más en mí!

Francisco Urquiza



M. G. González

Simulacranencias

Anicés Pascal: Tengo el honor de decirte que ya he *Recevin-to* el *Recaredo* que me enviaste. Lo *Priamo* y principal es que no me *Sófocles* si he sido *Lentulo* en contestarte. Soy muy *Franklin* y te confieso que dicho *Recaredo* me lo trajeron á la hora de *Mosart* después de un opíparo almuerzo.

Al principio me quedé *Confucio*, porque como estoy muy *Gordiano*, me *Jeroboán* los paseos; sin embargo, eché hacia *Dante*, di una *Voltaire* por la población, cobré tu décimo en casa del *Lotario* y dejé lo demás para otra ocasión, porque, chico, el que *Mucio Amilcar Barca* poco aprieta, y además, porque caía una *Liwa* capaz de asustar al *Lutero* del alba; por eso me volví á casa y dejé lo demás para en *Sisenando*. La humedad me estropeó el *Chirilao* de las botas y me exacerbó los dolores de *Reanur*; si no me los curo este invierno... *Horacio pro nobis*.

Teodomiro y te venero, al ver cómo todos se están *Casandro* y tú permaneces de *Homero* espectador. *Noé* vió cosa semejante; hasta el *Hipócrates* de tu primo de casa *Augusto* de toda la familia con una *Musa* muy guapa que ha *Heródoto* una gran fortuna. *Levi* hace pocos días y no sabe de *Figaro* el día de la *Budha*, para la cual me ha convidado.

Sé que vamos á comer rica sopa de *Escevola* y *Salomón* en salsa *Tartarin*, rico espárrago *Eruigio*, ensalada de *Pipino* y una *Opérnico* de *Tintilio*, preferible á todo *Licurgo*, pues *Turismundo* sabe que los licores suelen tener alcohol *Amalarico*.

Yo pienso regalarle una *Petrarca* para los pitillos.

Estás completamente equivocado en cuanto intentas demostrarme: ¡á *Bonaparte* vienes! Eso es querer *Teglatalasar* las cosas; ni que *Fruela* yo tanto; *Valente Trстамара* me juegas si te llevo á hacer eso! Pero por toda respuesta te diré que no me gusta que *Beethoven* el pelo, conque *Teudiselo* á tu abuela, pues yo no *Tancredo* y si me apuras voy á esa y te *Claudio el Coello*.

Ahora, mi único *Desiderio* es que me hagas el *Facilo* de enviarme varias cosas que necesito:

Una arroba de jabón para *Lavoisier* la ropa.

Witiza para el billar.

Un traje de vendedor de pescado ó de *Mauregato* para disfrazarme.

No sé si *Abraham* impreso la segunda *Edison* de mi libro. Entráte en *Laplace* de Santa Ana, entrando á *Longiniano* derecha.

Un par de frascos de *Vitrubio* con tapón esmerilado para guardar dulce.

Un *Ciró* para el oratorio.

Un baño de zinc; ya sabes que me gusta darme un *Zabulon* en el agua al levantarme.

Y nada más.

No pases cuidado por tu hermano; yo estoy con mucho ojo y *Leovigildo* para que estudie y no se haga el *Rémulo*.

Tuyo afectísimo,

Melitón González.

Una de tantas.

—Pero, Mariana, ¡por Dios! me ha despertado usted tarde. Hoy tengo mucho que hacer, muchísimo, ya lo sabe.
¡Las once! Vamos, de prisa la bata y el chocolate.
¿Quién? La peinadora. Vay. No se entretenga. Adelante.
¿Quién? La modista. ¡Dios mío! Dos ó tres horas mortales. Son las dos. Venga el almuerzo. Almorzaré sin sentarme.
¿Quién es? La de los jabones. Que deje una caja grande.
¿Quién es? La de los perfumes. Otro día. ¿Quién es? Carmen, la corredora de alhajas. Que se espere. A ver si trae algo que pueda servirme esta noche, algo de lance. Tengo Real. Se despide hoy el célebre cantante Tamburini. Ya las cinco.
¿Quién es? La de los encajes. Que vuelva. ¿Quién llama? Cuentas. Hoy no puedo. Que se aguarden. Tengo prisa. Ya las seis. Mi sombrero y á la calle.

Pronto á casa del callista.
¡Que no tengo tiempo, Ibñez! Al dentista. ¡Y tiene gentel Este hombre es insoportable. No espero. Voy á comprar flores, perfumes y guantes. Son las ocho. Estoy comiendo de pie. ¡Voy á atragantarme! La peinadora otra vez. ¡Dios mío! ¡Qué mal lo hace! ¡Y la modista no viene! ¡Por fin! ¡De prisa! Mi traje. Está mal. ¡Jesús! ¡Las once! Mi coche. Al Real. ¡A escapel Llegué al caer el telón. ¡Qué ovación! ¡Cómo le aplauden! Presenció la despedida. ¡Qué tenor tan admirable! A la cama. Son las dos. Estoy cansada. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¿Qué habrá sido de mis hijos hoy? No he podido enterarme. ¡Qué vida tan ocupada! No me he sentado un instante. Mas no importa. Estoy tranquila, que la ociosidad es madre de todos los vicios, todos. Ahora á dormir. ¡Soy un ángel!

Miguel Echegaray.

Fruta caída.

Estaba el tren á punto de salir cuando Ernestina, seguida de su doncella, llegó al andén después de haber logrado facturar á toda prisa, y casi por favor, el equipaje, compuesto de tres mun-

dos y dos grandes banastas de mimbres recubiertas de hule, donde iban los vestidos que no podían doblarse. Un minuto más de tardanza y se queda en Madrid. Dirigióse rápidamente hacia los vagones, cuyas portezuelas estaban ya cerradas, y abrió una: no había sitio; hizo igual tentativa en el departamento inmediato, y tampoco; repitió la operación en otro, y lo mismo: de pronto sonó el pito y comenzó la máquina á lanzar potentes resoplidos. Entonces, resuelta á no quedarse en tierra, abrió otra portezuela, y sin cuidarse de si tendría dónde colocarse, subió; metióse tras ella la muchacha y un instante después el tren se puso en marcha haciendo retumbar la cristalería de puertas y techumbres y pasando con estrépito sobre las planchas giratorias.

Afortunadamente para la viajera, el departamento estaba casi desocupado; sólo había en él dos caballeros desconocidos entre sí, sentados de espaldas á la máquina y al lado de las ventanillas; el de la izquierda, canoso y de aire respetable, debía de ir muy cerca, porque sólo llevaba en el asiento el gabán y tres ó cuatro paquetes de compras recién hechas atados con bramantillo rojo.

El de la derecha, como de treinta á cuarenta años, llevaba maletín, saco de noche y manta escocesa, todo bueno y de costoso aspecto.

Ernestina les hizo una ligera inclinación de cabeza, la doncella dijo «buenas tardes» y ambas se sentaron, colocando antes la segunda en las redes los bultos que llevaba.

Fuera de agujas, al apresurar el tren la marcha dejándose atrás las arboledas de la Moncloa y las orillas del río, mientras los rayos del sol que comenzaba á trasponer las lomas de El Pardo inundaban de claridad lo interior del coche, la doncella se acercó á una ventanilla para ver el campo, permaneciendo largo rato embobada en la contemplación de aquellos cerros, que acaso le recordasen otros parecidos donde ella corrió siendo chiquilla, y los demás viajeros comenzaron á mirarse curiosamente, aunque con el disimulo que impone la cortesía.

Ernestina comprendió en seguida que el caballero canoso se bajaría en una estación próxima, pues no llevaba cosa alguna que indicase largo viaje, y que el otro señor tenía traza de ir más lejos, y observó también que las miradas del primero eran de mera curiosidad, como de quien sabe que no tiene tiempo para nada, en tanto que el segundo la contemplaba despacio, poco á poco, seguro de poder irse recreando en ella.

Era un hombre de tipo indudablemente extranjero, muy alto, afeitado por completo, de pelo corto y tau rubio, que parecía rojo, facciones poco abultadas que daban á su rostro cierto na-

pecto de triste impasibilidad, y grandes é inexpressivos ojos azules; el cuerpo recio, fornido, las manos y los pies enormes, delatando, á pesar de lo bien calzado y enguantado, origen poco aristocrático.

Vestía camisa de franela fina y clara, terno de lanilla entre gris y canelo, de corte seguramente inglés, y gorrita de paño, indicando con lo demás de su atavío ser individuo acostumbrado á viajar.

Más lo que le caracterizaba era la extrema corpulencia: su americana pudiera servir de gabán á un hombre de más que mediana estatura y regular volumen; el chaleco revelaba un pecho anchísimo, robusto, atlético, y bajo la tela de pantalones y mangas se adivinaban piernas y brazos de robustez extraordinaria; parecía un luchador de juegos olímpicos vestido por un sastre londinense.

Contra lo que viéndole pudiera creerse, sus ademanes no eran bruscos ni groseros, antes ponía empeño en mostrar buena crianza y finura.

¿Qué podría ser aquel hombre? Ernestina pensó que sería banquero, rico comerciante, ingeniero... acaso lord; su enormidad no era incompatible con ninguna profesión ni categoría. Podía ser grandullón y persona finísima... ¡Hay extranjeros que abultan tanto!

Mientras ella le examinaba cautelosamente, él iba desmenuzándola y paladeándola con la mirada, si así puede decirse, desde los pies, si no muy pequeños, en cambio admirablemente calzados con botas de piel avellanada, respunteadas de rojo, hasta el sombrerillo de fieltro gris sin otro adorno que una pluma de águila. El traje era de pana color de pizarra, lisa la falda, el cuerpo con botoncillos de plata, cinturón de onice y guantes de gamuza leonada. No llevaba más alhaja que un broche imperdible de oro mate figurando un trébol puesto al cuello. Pero lo digno de admiración en ella no era la ropa, sino la persona ó, mejor dicho, personita, porque era pequeña, menuda, y aunque de rostro algo severo, muy graciosa é elegantísima en movimientos y posturas. Para mayor encanto, tenía los ojos grandes, azules, llenos de dulces promesas; el pelo de ese rubio claro próspero que los franceses llaman encenizado; la tez blanca, los labios finos, los dientes bonitos, las orejas como conchitas de nácar sonrosado y la nariz, aunque un poco grande, no tanto que afease lo demás del rostro, sino que, por el contrario le daba cierto aire aristocrático y semejanzas con aquellos retratos de princesas austríacas que hay en los palacios de Versalles; el pecho era proporcionado á su estatura, ni tan opulento que amenazara con feos desbordamientos, ni tan pobre de recursos que sobre el escote se hundiese la tela del vestido; por último, á juzgar según los bultos y líneas que al moverse modelaban los pliegues, arrugas y altibajos de la falda, todo su cuerpo debía de estar bien dibujado; mujer, en fin, creada por la bondad suprema para recompensa de un artista delicadísimo ó de un gran señor que mereciera serlo.

El inglés se perdía en suposiciones y conjeturas acerca de su clase y condición: para dama principal, iba poco acompañada, y para aventurera, se le antojaba que había en toda su figura demasiada é ingenua delicadeza. En cuanto á su estado, no cabían tantas dudas: era casada ó viuda... ó separada, primero porque una señorita soltera no había de viajar con sólo una criada, y segundo porque sus ojos, sin pecar de in-olentes, tenían ese mirar experimentado que ni muestra temores ni espera sorpresas.

Corría el tren é iba faltando luz en el espacio; ya empezaban á notarse las chispas que volaban entre las ruedas del humo que escupía la locomotora; rápidamente se hizo de noche, y en la última línea del horizonte, al lado opuesto por donde el sol se había ocultado, brilló sobre el azul oscuro del cielo un hermosísimo lucero.

Al llegar á El Escorial, el caballero canoso se bajó saludando cortésmente y la doncella se echó á dormir. Después el tren siguió corriendo y comenzó á soplar un aire muy vivo. Ernestina, sintiendo frío, intentó cerrar la ventanilla, pero estaba tan fuertemente encajado el marco del cristal en la parte inferior de la portezuela, que no pudo lograrlo por mucho que tiró.

Entonces se levantó el inglés, y tomando el extremo del tirante con dos dedos, lo atrajo hacia sí, quedando la ventanilla cerrada, hecho lo cual volvió á sentarse; ella le dio gracias y ambos siguieron observándose con igual discreción que antes, débilmente iluminados por el resplandor de la lamparilla que, colocada en la techumbre del vagón, oscilaba en cada ráfaga del movimiento, como si la llama temiese ahogarse en el charquillo de aceite caído en la cóncava del vidrio.

Extendiéronse las sombras por los campos, continuó profundamente dormida la doncella, y Ernestina, echándose sobre los hombros un chal escocés, permaneció inmóvil, despierta y frunciendo el lindo entrecejo, cual si pensase cosas que le importaban mucho.

Aquel viaje le trajo otro á la memoria; el de recién casada; entonces iba sola con él, es decir, con su marido, en un reservado... Luego, cuántos desencantos y penas!

Una novela corta y trágica llena de sorpresas ó casi sorpresas físicas, de amargas novelas... la mentida plenitud del amor, los síntomas del cansancio y, finalmente, el frío implacable de la desilusión y el consuelamiento de que los dos se habían engañado. No: con la fortuna de ambos no ceñían para empezar... Sólo la maternidad hubiera podido salvarla, y... no fué madre.

Así que dos años bastaron á destruir aquella pasión engañosa consagrada ante un altar y lucida un invierno en teatros y salones, herida por una traición de él, rematada por una infidelidad de ella y enterrada por una explicación cínica en que acordaron separarse sin escándalo. Después volvió él á su licenciosa vida pasada, mientras ella, primero sobrecogida por su repentina libertad, luego asediada por cien galanteadores, sin sentir amor verdadero que redimiese ya que no su reputación, á lo menos la tranquilidad de su conciencia, se lanzó á pocas y bien calculadas aventuras, en que hallaban doble satisfacción el despecho de haber abandonada y las necesidades de la vida... La vida de Madrid, frívola, costosa y ¡tan costosa! Desde la ruptura con el último amante, aquello se había hecho intolerable. La pensión marital, á regañadientes otorgada é irregularmente satisfecha, no bastaba: el verano, que por entonces acababa, fué un suplicio. Primero la humillación de no poder salir de Madrid y después un diluvio de onetas atrasadas: la modista de vestidos, la de sombreros, la de arreglos, la leñera, el zapatero, hasta la florera y el revendedor habían caído sobre ella con prisas, groserías, insolencias y amenazas.

¡Qué temporal! Afortunadamente, sus primas Laura y Pepita, aquella viuda y ésta con el cónyuge huido hasta Filipinas, le escararon de apuros escribiéndole desde San Sebastián poco más ó menos:

«Cuarto ya sabes que no podemos ofrecerte, pero lo tomas para dormir solamente en una fonda inmediata: almuerzas y comes con nosotras. Todo el día podemos estar juntas.»

Harto comprendió Ernestina que el propósito de las primas antes era tener compañía que hacerle un favor, pero aceptó gozosa la ocasión de huir de Madrid, donde parecía habérselo venido encima toda Inglaterra.

Empeñando varias alhajas se procuró cinco mil y pico de reales, dispuso el equipaje con lo mejorcito que tenía, y allá iba, segura, si no de divertirse mucho, á lo menos de pasar un mes tranquila, tal vez esperanzada en que algo ó alguien variase el curso de su vida...

Mientras así ó parecidamente discurría Ernestina, el inglés la miraba, pero no ya con la simple curiosidad de los primeros momentos, sino con aquel interés que pone el hombre cuando al mirar suspira con los ojos lo que no se atreve á pedir con los labios.

Ella, dejando caer de cuando en cuando los párpados, suspiraba levemente. Ni uno ni otro daba señales de querer dormir.

De pronto roncó fuertemente la doncella, y ambos soltaron la carcajada.

—No despertará ni con un choque—dijo él en regular castellano.

—Assurement—añadió ella en francés admirablemente pronunciado y con la maliciosa idea de que contestase algo en el mismo idioma para inquirir su procedencia por su acento.

—Esperons que nous n'auront pas d'accident—replicó él apretando tanto los dientes y marcando tan fuertemente las vocales, que ella pensó en seguida:

—Inglés tenemos.

Y ante la idea de hallarse al habla con otro inglés no pudo contener la risa, añadiendo mentalmente:

—¡Similia similibus... Quién sabe!...

El caballero juzgó de buen agüero aquella sonrisa, y roto el hielo, cambiaron algunas frases.

—Este coche no tiene mal movimiento. La señorita pudiera descansar un ratito.

—En viaje duermo poco... ¿Sabe usted á qué hora se llega á Valladolid?

—A las doce y media.

—Pues hace fresco... y hasta que llegue una estación de las principales no hay modo de tomar cosa caliente... y siento un frío interior...

Al oír aquello el inglés, cogió un maletín que junto á sí tenía, y sin desplegar los labios fué sacando varios objetos: una botella que contenía un líquido dorado oscuro, luego un frasco chato y más chico con un letrero que decía *Jamaica*, después un limón hermosísimo, un fuerte vaso de limpio cristal y, finalmente, un canuto de níquel que, abierto, mostró contener un pequeño recipiente y una lamparilla de alcohol.

Puso ésta sobre los almohadones del coche, calentó en aquel parte del líquido dorado, que era te con agua, le añadió azúcar y ron, exprimió sobre estas cosas medio limón, y llevando el vaso con la humeante bebida, se lo presentó á la estupefacta Ernestina, diciendo:

—Yo suplico que acepte mi *proq* á la señorita.

La cual, asombrada de tanta habilidad y galantería, repuso con una sonrisa hechicera:

—¡Oh, caballero! ¡Cuánta bondad!... ¡Qué imprudencia la mía! Pero ¿cómo suponer?—al mismo tiempo que pensaba para sus adentros: «¿Cómo viajan estos extranjeros?»

En seguida, sin garraseras ni dengues, tomó el vaso y apuró su contenido, exclamando:

—¡Delicioso! Un millón de gracias.

Desde aquel momento hablaron como si hubieran dado juntas la vuelta al mundo.

El inglés hizo más *proq* para sí, cargando en el ron la marca, hablando de España, de la suprema distinción de las damas españolas, de su extraordinaria belleza, y ella le escuchó tratando de sorprender alguna frase por donde colegir la profesión, estado

A LA PUERTA DE LA CASA DE LA VILLA, por Pellicier.

ó condición de aquel hombre á quien, al parecer, no podía ponerse más tacha que su extraordinaria corpulencia. ¡Qué cuello! ¡Qué distancia de hombro á hombro! ¡Qué pechazo! ¡Qué patatas!

«Y, sin embargo—pensaba,—no resulta muy ordinario... ¡Como estos ingleses hacen tanto ejercicio corporal!»

De pronto paró el tren en una estación, y pocos segundos después se acercó á la portezuela un hombre también de aspecto extranjero, con gorra de *fokey*, chaleco de cuadros y facha de criado, el cual, subido en el estribo y asomado á la ventanilla, saludó llevándose la mano á la visera. El caballero, al verle, le preguntó:

—¿Cómo van Thom y Jack?

—Perfectamente—repuso—y se fué.

Ernestina se dijo:

«¿Cuántos criados llevará este caballero?» pareciéndole, sin embargo raro que hombre tal no viajase en reservado ó *sleeping*.

Siguió el tren su marcha y continuaron ellos largo rato hablando con la mayor naturalidad, sin que Ernestina incurriese en la más leve coquetería ni él arriesgase el menor atrevimiento.

Al cabo de una hora se detuvo el tren en otra estación, donde debía parar quince minutos, y el caballero se bajó, visto lo cual, Ernestina despertó á la doncella, y, bajando también, echaron juntas á correr.

Cuando volvieron, el inglés estaba fumando al pie del coche. Ella, notándolo, dijo:

—¡Qué tonta he sido! Dispénsame usted y fume, que el humo del tabaco me agrada.

Tocaron la campana, subió él al vagón, dió á las dos mujeres la mano, oprimiendo la de Ernestina suavemente, crujieron los herrajes, bufó la máquina y recostóse á dormir la criada, quedando de nuevo solos la dama y el desconocido, porque solos

estaban ante aquella mujer que parecía discreta por instinto.

En menos que tardó él en desdoblarse, una manta, recobró el sueño la muchacha, lo cual le hizo decir con cómica gravedad:

—Está marmota.

Ernestina se echó á reír, pero de pronto la sorpresa le cortó la risa, porque el inglés, en vez de volverse al sitio que antes ocupaba en el opuesto extremo del vagón, se sentó más cerca, acortando las distancias y dejando entre ambos sólo un lugar vacío, de modo que si ella quisiera echarse á descansar, según se colo- cara, por fuerza había de tropezarle con los pies ó, lo que fuera más inconveniente, rozarle con el pelo.

Pensó en si debía ponerse seria pero aquel asiento que aún quedaba libre entre ambos hubiera hecho ridícula su seriedad.

Contentóse con cerrar los ojos como si quisiera descansar, y corrió él la cortinilla, quedando el compartimento mucho más oscuro.

Luego Ernestina, sin echarse á lo largo, se recostó para mayor comodidad, con lo cual se quedó sinceramente adormilada, inmóvil, mientras el tren comenzó á pasar túneles y más túneles, haciéndose en algunos momentos tan pavorosa la lobreguez de fuera y con el humo encallejonado tan densa y sofocante la atmósfera dentro, que el vagón parecía tragado por la tierra.

El inglés iba más despabilado que á medio día. Tal vez le desvelase el ruido.

De repente, cuando era más infernal el traqueteo producido por la velocidad de la marcha, Ernestina despertó sobresaltada. Acababa de sentir, ó imaginó haber sentido, primero en una mejilla y luego en otra el contacto suave, rápido y tibio de algo que pudiera ser á un tiempo respetuoso y atrevido. ¡Lo soñó ó fué verdad? La impresión como si la hubiesen besado. Si; un beso por partida doble, pero comedido, prudente y en realidad no muy ofensivo...

Entreabrió los ojos y vió que el inglés tenía los suyos cerrados y estaba echado. Ella entonces fingió dormir respirando acompasadamente y con fuerza. Pasó un rato largo y luego, ¡oh sorpresa! primero sintió sobre su rostro aliento mal contenido de respiración ajena, y después... como antes: ¡dos! uno en cada mejilla, el segundo con tendencia á repetir la suerte.



¡Á ése! ¡á éseééé!

Entonces, dando un débil grito de ninfa ultrajada, abrió tan rápidamente los ojos, que sorprendió al inglés antes que cayera sobre su asiento, y se le quedó mirando con severo enojo, con cierta triste dignidad que infundía respeto, entre ofendida y piadosa, cual si quisiera y no pudiese mostrar indignación; como si el alma de la mujer pretendiera ignorar el insulto inferido á la señora; al mismo tiempo que, fuese admirable espontaneidad ó primoroso artificio, de sus ojos surgieron y por las profanadas mejillas rodaron dos lágrimas como dos granitos de aljófar.

El hombre bajó avergonzado la vista, murmurando:

—Usted arrebatadora... ¡yo loco! Providencia tener la culpa.

No volvieron á cambiar palabra.

Por parte de Ernestina ni una frase, ni un reproche, nada más que una sonrisa que parecía decir: «¡Vaya un caballero!» y por parte de él turbación y falta de valor para reincidir.

Ya entrada la mañana, volvió en otra estación á presentarse el criado en la ventanilla, diciendo antes que su amo le preguntase:

—Jack y Thom sin novedad.

Callados, dignísimos, admirables, de indulgencia ella y de comedimiento él, siguieron ambos viajeros hasta llegar á San Sebastián.

Ernestina, después de despertar á la doncella y recoger sus bártulos, se apeó primero para evitar que el caballero le diese la mano, y entregando á un mozo el talón del equipaje, salió escapada del andén, corriendo á meterse en el ómnibus del Hotel Principal.

Si fué casualidad, nadie podrá saberlo, pero á los pocos minutos, y al tiempo que comenzaban á sacar los mundos de Ernestina, llegó el criado del inglés seguido de dos mozos, cada uno con un baúl, los cuales cargaron sobre el mismo vehículo en que ella estaba; en seguida apareció el inglés en persona, precedido á otros dos mozos con otros dos baúles parecidos á los primeros, y después de ver cómo los colocaban junto á ellos, montó en el coche, que arrancó en dirección á la ciudad. Ernestina, que se había puesto muy seria, pensó:

«¡Cuánto equipaje!»



¡Ay, ay, ay!



Besugo.



Coajejo.



Dormitorio.



Estorbo.



Fórmula.



Gentilhombre.



Humildad.



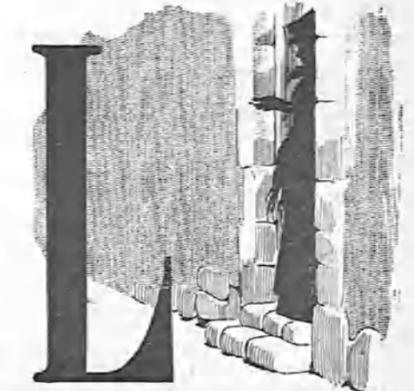
Invicto.



Jacarandosa.



Kiosco.



Lazo.



Majadería.



Narcótico.



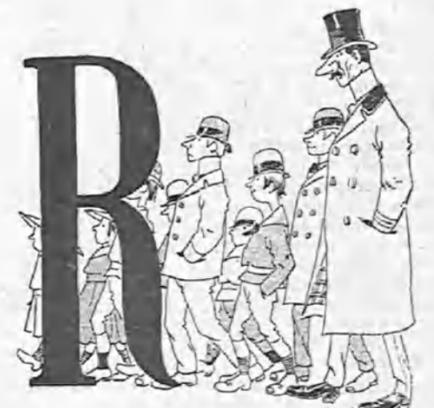
Obstruccionista.



Pastelería.



Quiromancia.



Rebaño.



Simpleza.



Tragaderas.



Usufructo.



Ventilación.



Yasca.



Zalamera.

Pero lo que realmente le chocó, no fué que un hombre solo llevara tantos bultos, sino la forma de ellos. No eran verdaderos baúles ni cofres, sino enormes cajas de cuero con listones de madera y clavos de cobre, que casi en su totalidad desaparecían bajo una cantidad extraordinaria de etiquetas blancas, rojas, amarillas, verdes y azules que con los nombres de las ciudades, pueblos, fondas y hoteles donde fueron pegadas, acusaban un número incalculable de viajes. En Sevilla, París, Roma, Berlín, Chicago, Constantinopla, Buenos Aires, El Cairo, Petersburgo, Londres, Boston... en el mundo entero habían estado aquellas cajas.

«No cabe duda—pensó Ernestina,—este hombre es diplomático»

Luego nada se dijeron en el trayecto que separaba la estación de la fonda.

En la puerta de ésta esperaban a Ernestina sus primas Laura y Pepita, ambas guapas, aunque marchitas, y elegantes, aunque demasiado emperujadas. Paró el ómnibus; el inglés, que bajó primero, ofreció a Ernestina la mano para que se apoyase; no le rechazó ella por no verse obligada a dar a sus primas explicación del desaire, saltó a tierra, y hubo entre las tres aquello de

- ¡Qué mona estás!
- ¡Qué lindo traje!
- ¡Vienes preciosa!
- ¡Pues y tú!
- Nos alegramos tanto.
- ¡Pues y yo!

Laura, bajando la voz y aludiendo al inglés, dijo a su prima:

—Chica, es un gigante. ¿Habéis venido juntos?

Y ella repuso, como si le inspirase profunda antipatía:

—Desde Madrid no ha parado de roncar.

El viajero pasó saludando y entró al despacho del hotel, y ellas también entraron guiando a Ernestina hasta la habitación que le tenían preparada.

Subieronle luego el equipaje, se lavó y mudó, esperaronla sus primas y se fueron a almorzar juntas.

Cuando salieron, aún estaban en el portal las cajas del inglés mostrando aquellas etiquetas multicolores que pregonaban las andanzas de su dueño.

Este y Ernestina no se vieron en todo el día. Ella volvió de noche, temprano, notando al entrar que las famosas cajas estaban en el mismo corredor a que daba la puerta de su habitación. El viajero no podía andar lejos.

Ventó cansada, y se acostó pensando:

«¿Quién será ese hombre tan grandullón?... ¡Y qué atrevido! Pero... ¡qué bien hacia el prog! ¡Con qué osadía me besó... y luego qué prudente! Sin duda fué un impulso superior a su voluntad... El amor de un hombre así debe de ser cosa tremenda... Daba miedo pensar...» y se durmió.

A la mañana siguiente fueron a buscarla Laura y Pepita y a media tarde volvieron con ella para que se mudase. En todo el día no vió al inglés. Ni en la fonda, ni en paseo, ni en la playa. ¿Dónde se metería?

Por la noche fueron al circo. Era día de moda, la función prometía estar brillante y cierto adorador de Pepita lea había enviado un palco.

Cuando llegaron estaba el espectáculo casi a la mitad, con lo cual al entrar llamaron mucho la atención por lo guapas y bien vestidas. Pero la más bonita y elegante era Ernestina, que llevaba vestido color de heliotropo claro con tules más oscuros, al pecho un grupo de rosas muy encendidas, é iba primorosamente peinada, luciendo aquel precioso pelo rubio, a cuyo moño y rizos arrancaba la luz eléctrica reflejos de oro.

La miraban tanto y tautos que, cuidadosa sólo de sí misma, apenas hacia caso de la función.

Salieron a trabajar un equilibrista—una mujer medio desuada que enseñaba culebras amestradas, una niña descoyuntada, y no hizo caso de ellos.

Por fin, después del intermedio, se presentó un clown seguido de un burro tan pequeño que casi no pasaba de bucha, y un marrano tan grande que parecía jabalí, los cuales hacían tales habilidades que la gente no paraba de reír.

El clown era un hombre de colosal estatura, gruesísimo, recio el cuello, enormes los pies y descomunales las manos.

«¡Qué barbaridad!—pensó Ernestina.—Pues éste deja tamaño al del prog.»

So musculatura debía de ser formidable, pero no era posible apreciarlo bien porque sacaba un traje muy amplio, casi flotante, compuesto de blusa y pantalones bombachos, todo ello blanco, y por nuevo y original capricho, cuajado de grandes círculos que representaban toda clase de monedas de oro: onzas y centenes españoles, lises franceses, libras esterlinas, dollars americanos, italianas de veinte liras y hasta rusas y turcas de valor análogo, todas relucientes, brillantes, tentadoras, ofreciendo al entendimiento singular contraste aquel adorno que representaba el emblema de la riqueza moderna y la vida de aquel hombre que se ganaba el pan haciendo títeres y payasadas en compañía de un cerdo y un jumento.

Tenía el rostro enroscado, en la boca un manchón rojo, las cejas alargadas, las orejas pintadas de bermellón; estaba, en fin, que daba asco. Y había en su figura, en su confraternidad con las dos bestias ridículamente amestradas, y sobre todo en aquellas monedas de oro que cubrían su cuerpo, algo que parecía simbólico y donde la dignidad humana se mostraba escarnecida y humillada.

El público le aplaudía sin cesar. Ernestina no dejaba de mirarle. Parecía mayor, más corpulento que su compañero del tren, pero... ¡no podía ser efecto de la blusa flotante y los bombachos? No; no era posible... El otro era un caballero muy gordo, pero... caballero. La cara sí, a pesar de la pintura y los polvos...

De repente Ernestina sintió algo como si le subiese del pecho al rostro una oleada de sangre.

Los palcos estaban muy bajos y cercanos a la pista; el clown la vió y se fijó en ella, deteniéndose un momento. Fué obra de un segundo: nadie pudo advertirlo, mas ambos se reconocieron. Luego, cada vez que pasó por junto al palco la miró rápidamente sin suspender los ejercicios, pero clavando en ella los ojos. A Ernestina le faltaba poco para desmayarse.

Rabiosa de ira y conteniéndose por parecer tranquila, cogió el programa para ver lo que decía de aquel hombre, y leyó:

The giant clown.
El clown gigante
con sus portentosos animales
Jack y Thom.

Todo estaba explicado.

La segunda parte del trabajo de aquel hombre consistía en dejarse pegar por todos los demás acróbatas, titiriteros y saltarines de la compañía, hasta por los mozos que sacaban los caballos y estiraban la alfombra, los cuales le daban a porfia de bofetadas, cachetes, sopapos y puntapiés, que él aguantaba plácido y sonriente con la grotesca mansedumbre de un envilecimiento impertertable.

Por fin de fiesta, el burro y el marrano le llevaban a empujones y hociendas hasta la entrada de la cuadra.

La última mirada del clown, al retirarse saludando entre atronadores aplausos, fué para Ernestina... Ella lo veía y no lo creía... ¡Y aquel hombre le había puesto los labios en la cara!

Al acabar la función dijo que le dolía la cabeza, y logró que sus primas la dejaran irse sola en un coche a la fonda, donde llegó presa de la más extraña emoción que jamás había experimentado...

Tan enojada la vió la doncella, que no se atrevió a chistar, hasta que pasado un buen rato se arriesgó, y tomando de sobre un velador un gran ramo de frescas y finísimas flores y una carta, dijo:

—Esto han dejado al anochecer para la señora.

Ernestina abrió maquinalmente el sobre, dentro del cual venía una tarjeta donde estaba escrito lo siguiente:

OSCAR SMITH,
el clown gigante,

pide permiso a su compañera de viaje para pasar a saludarla mañana por la tarde.

Y mientras ella leía y miraba el ramo lleno de rabioso asombro, la doncella decía:

—Es del señor inglés. He hablado mucho con su criado. Dice que viajan por todo el mundo, que su amo es *clown*, de los que en el circo hacen reír, que gana un dineral, le pagan cuanto pide... una barbaridad, y vive como un gran señor y todo se lo gasta con las mujeres... es muy generoso y muy espléndido. Cuando le gusta una, da cuanto tiene...

El ramo no llegó a tocarlo; la tarjeta se le cayó de las manos.

Se desató llorosa, temblando de ira y de vergüenza, mientras la doncella repetía:

—Cuando le gusta una da cuanto tiene.

Ernestina casi no durmió. Debí de pasar la noche combatida de mil cavilaciones, acordándose del viaje, del tren, de los besos... luego de aquella figura grotesca, del burro, del marrano... y sobre todo de aquel traje cuajado de monedas de oro y de las palabras de la doncella.

A la mañana siguiente, cuando entró a vestirla, le dijo:

—Mira, muchacha: márchate corriendo a casa de mis primas y díles que han venido unas amigas a buscarme; que estoy convidada; que hoy no cuentan conmigo.

Y añadió para sus adentros, suspirando entre resignada y valerosa:

«¡Pecho al agua!»

Jacinto Octavio Pío.

*

Pasión.

—

En torno del alambre incandescente de una lámpara eléctrica volaban alegres mariposas atraídas por el fulgor de la brillante llama.

Pero al ver que volaban allí siempre sin el peligro de quemar sus alas, despreciaron la luz y no volvieron que no atrae la pasión cuando no abrasa.

Miguel Ramon Carrón.

*

SAN JOSÉ Y EL NIÑO

(CUENTO VIEJO)

I
Había en una iglesia
de un pueblo miserable
un San José de talla

hermoso como un ángel.
Brillaba en su hornacina
con flores y ramajes,
recuerdos de la fiesta

que hicieron sus cofrades.
En vez de una peana,
que era muy tosca y grande,
el sacristán le puso
otra más elegante;
pero era tan pequeña,
de tan estrecha base,
que el santo no se hallaba
en equilibrio estable.
Estaba doña Rosa
rezándole una tarde,
cuando uno que salía
de prisa, sin fijarse,
cerró con tal estrépito
la puerta de la calle,
que ¡cataplum! el santo
se vino al suelo á escape.
Gracias que doña Rosa
consiguió separarse,
si no ¡la pulveriza
la venerada imagen!

II
Tal golpe llevó el santo,
que se rompió en cien partes,
y nada, no hubo artista
capaz de restaurarle.
En su lugar pusieron,
cubriendo la vacante,
un Niño de la Bola,
regalo del alcalde.
Fue doña Rosa al templo,
visitó los altares,
y al llegar al del Niño
se puso muy distante,
y dijo arrodillada:
«¡Dios mío, perdonadme
si me coloco á una
distancia respetable;
pues yo, Jesús, no puedo
olvidar que una tarde
por poco si me aplasta
vuestro difunto padre!»

Vital Aza.



CAPRICHOS, por F. Mas.



Un genio fuerte.

—Mira que yo he conocido caracteres violentos, porque trato con muchísimas personas de los dos sesos, y entré ellas las hay que tienen los hígados muy bien puestos, como le ocurre á la propia Juliana, sin ir más lejos, que en cuanto que va y se atufa ya me está zumbando el cuerpo; pero lo que es así, un pronto como el de Pepe el gorrero, y una forma de espresarse como la suya, me juego la cabeza á que no existe quien lo tenga, Baldomero.

—¿Por qué lo dices? —Lo digo porque, si no es por mi genio, hace tres ó cuatro días, hay un disgusto muy serio entre él y yo. Pero cómo, de mala ley. —No te creo.

—¿Que no? Pues oye el relato y dime si desagero.

Salía yo la otra noche de en casa de *Paco el Feo*, y acababa de dejar con su madre á la Loreto, cuando al revolver la esquina de la plaza del Pógraso me dí talmente de bruces con Luisa la del gorrero que iba á entregar. Conque al verme me echó la salud, la comestó, me echó mano á la chaqueta, porque tiene ese defecto, como sabes, y clavándome aquellos ojos negros, que cuando le miran á uno le hacen perder el sosiego y la educación, se arrancó y va y me dice (estas fuerón

sus palabras, entoavía parece que la estoy oyendo):

«He visto en el mundo tíos descastaos y chapuceros, pero lo que es tú, Manolo, le echas la pata á toos ellos.

—¿Quién, yo? —Tú, sí. —¡No ponderes, mujer! —¡Ah, conque pondero, cuando hace ya quince días que no te se ha visto el pelo por allí! Desde que tienes amistad con la Loreto la chalequera, no sabes andar más que entre chalecos, porque si andas entre gorras puedes pringarte, ¿no es eso, Manuel? —No, Luisa; es que á Pepe le azara que vaya á veros y sé que si voy, es fácil que haiga piques, y no quiero. Ya sabes que sos estimo, pero como á él se le han puesto en la cabeza esas cosas tan sin sustancia, me temo que se deje ir de la lengua cualquier día y la ensuciemos, porque él tiene su carácter y yo el mio. —Si es por eso, no te prives de ir á casa, porque allí toos te queremos. Y últimamente, si tíes esa aprensión, buen remedio: con ir cuando no esté Pepe, arreglao. ¿Conque te espero?

—¿Que no! —¿Que sí! —¿Que te calles!

—¿Que eres un charrán y un puercol!

—¿Que tú quiés comprometerme!

—¿Que tú lo que tíes es miedo!...»

En total, chico, qué el lunes pasao, si mal no recuerdo, me bajé, pa darla gusto, hasta su casa. Conque entro, y así que me ve la Luisa, que estaba sola por cierto, tira la obra de las manos, se viene hacia mí corriendo y empieza con chirigotas y carcajás y bromeo y á hacarme de reir las tripas con sus cosas. Por supuesto, sin traspasar de los límites naturales del aprecio, porque ésa es de las que tienen un carácter algo abierto, pero na más. —La conozco dende que empezaba. —Bueno; pues se habrían pasao unos veinte minutos, ó menos, dende que llegué á su casa, y la estaba yo diciendo:

«¡Vamos, mujer, no pellizgues, que haces daño!» cuando en esto levantan el picaporte, penetra Pepe y, al vernos, dice, poniéndose en jarras y vomitando veneno por la boca: «¡Qué bonito, y qué propio y qué correto! Quiere decirse que si ahora, en lugar de ser yo el que entro, es una persona estraña y va por ahí con el cuento, hago yo un papel decente, ¿no es verdad? Pues, hombre, buenolo á la cual yo, levantándome de la caja del brasero, le repuse: Y si tú, en vez de entrar como entran los cerdos en la cuadra, hubieras dicho: «¿Se pué pasar?» que es lo resto, no darías ahora coces como las das, ¡so zopenco! La Luisa es una señora y yo soy un caballero, y tú no has debido nunca ponerte como te has puesto sin razón.» Conque él entonces soltó un dicho muy grosero, se escapó así las dos manos, agarró un bastón de hierro y, acercándose á nosotros, dijo: «¡Me voy por no versos! Y se marchó y dió un portazo que hizo retemblar el suelo.

—¿Qué bárbaro! —Y ahora dime, con franqueza, si no tengo razón pa hablar del carácter de ese hombre. —Chico, lo creo porque tí me lo relatas, pero no es ése su genio.

—Tú le conoces por fuera y en visita toos son buanos; pero alterna con la Luisa y verás lo que son tretanos.

J. López Silva.



LA MUJER CAMALEÓN

El Hache-Maimón era un zapatero de Tetuán, tan fervoroso creyente como pobre de recursos pecuniarios. Toda la fama que tenía como hombre religioso le faltaba como maestro de obra prima, de modo que su modesto tenducho se veía siempre poco concurrido y apenas si ganaba al día lo suficiente para mantener á su mujer única y comprar el material indispensable para ejercer su oficio.

Así y todo, como sus necesidades eran pocas y sus ayunos por precepto religioso muchos, llevaba una existencia relativamente cómoda y muy resignado con toda clase de privaciones, excepto una.

—Todos tienen aquí tres ó cuatro mujeres—se decía con frecuencia,—todos menos yo, que por falta de recursos me tengo que contentar con la misma. Parezco un español (él no conocía más cristianos que los españoles), y esto no puede ser agradable á Allá ni á mí tampoco.

Pero tenía que aguantarse, porque ni para una esclava procedente de saldos tenía el dinero necesario, y pensar en pedirle su hija á cualquiera de sus vecinos sin presentar ante todo una bolsa bien repleta de plata era absolutamente imposible. Triste siempre, con esta amargura en su alma, trabajaba con el mayor desaliento, hasta que un día surgió en su mente una idea consoladora. Se retiró en el acto al cuartucho más escondido de su vivienda, incluyó la cabeza hasta el suelo y exclamó:

—Señor, bien lo veis, yo no puedo tener más que una mujer porque la falta de dinero no me consiente otra cosa; pero hay un medio de que yo sin gastar un ochavo pueda igualarme á otros musulmanes menos devotos que yo, y que sin embargo gozan en la vida de mayores beneficios, y el medio es sencillo: mi mujer es morena y de pelo negro; que se convierta en blanca y de pelo rubio; así podré decir al menos que he tenido dos mujeres.

La habitación se iluminó de repente con un vivísimo resplandor, y Mahoma, el mismo Mahoma se presentó ante los ojos de el Hache-Maimón, con su blanca barba y apacible semblante.

—Eres un creyente modelo—le dijo.—y te voy á complacer; puesto que lo deseas, cuando salgas de aquí tu mujer será ya rubia, pero te advierto que lo mejor es contentarse con lo que á cada uno le toque, y que te vas á arrepentir.

Mahoma desapareció, y Maimón, anonadado, no tuvo tiempo de dar las gracias; corrió á la habitación de su mujer y, con efecto, era otra, tal como la había pedido y como se la había figurado. Así vivió feliz más de un año, hasta que un nuevo deseo volvió á turbarle el pensamiento; su mujer era muy gruesa. Había visto desde su azotea la de un mercader vecino suyo, que era delgadísima y airosa en el andar, y desde aquel momento ya no pensó más que en los musulmanes que tenían fortuna y podrían poseer esposas legítimas gruesas ó delgadas, según les viniera en mientes.

—Si yo tuviera dinero compraría una esbelta—se decía, y otra

vez comenzó á vivir triste y desasosgado, hasta que se decidió á invocar nuevamente á Mahoma.

Este accedió por segunda vez á su llamamiento, y Maimón, aunque sin levantar la vista del suelo, se atrevió á decirle:

—Señor, mi mujer es muy gruesa, el que tiene varias las puede escoger de todos los volúmenes que se le antojen; es verdad que, gracias á vos, yo la he tenido ya morena y rubia, pero el color es lo de menos... después de todo,

que, más da... En cambio, hay una gran diferencia entre una esposa obesa y otra de gracioso talle; haced que la mía adelgace, y así no tendré que envidiar á ningún poderoso.

—Estás servido—respondió Mahoma, y desapareció repentinamente.

El milagro se verificó como la vez anterior: la mujer del Hache-Maimón perdió carnes instantáneamente y adquirió la flexibilidad de talle que el zapatero echaba de menos y que tanto le encantaba en la vecina. Con esto se consideró feliz; resultaba que sin gasto alguno había tenido ya tres mujeres en una pieza, y éste era ya un número que sólo los moros regularmente acomodados podían alcanzar. Este era el premio de su piedad y de la fe con que ejecutaba todas las prácticas religiosas, por lo cual las redoblaba, edificando á todos los creyentes y adquiriendo verdadera fama de santo, no sólo en Tetuán, sino en todos los pueblos y aduanas cercanas.

Alguna vez se acordaba de que el profeta, en la primera ocasión que le habló, le dijo que se había de arrepentir de aquella transformación que con tanto ahínco pedía; pero no acertaba á explicarse lo que el tanto se propuso con indicación semejante, puesto que él se encontraba felicísimo y cada día más satisfecho de tan ingenioso y económico procedimiento.

No pasó un año en esta segunda metamorfosis, como en la primera, sin que Maimón empezara á sentir nuevas aspiraciones respecto de su cónyuge: á los seis meses vivió en el mercado de esclavas, donde casualmente concurrió, dos muy altas, que por su estatura fueron vendidas á gran precio, y en seguida comenzó á pensar lo bien que estaría su mujer, ahora que se hallaba delgada, con cuatro dedos más de talla; esto completaría su bello ideal y haría de la zapatera una de las mujeres más graciosas y elevadas de todo el imperio.

Después de todo, no era mucho pedir aquélla, podía decirse que llevaba tres mujeres nada más; habían zapateros en Tetuán que tenían cuatro sin contar las esclavas, y no era justo que él á quien tanto apreciaba el profeta, careciese de un número de esposas que en la ciudad no tenía nada de extraordinario. Y aun resultaba menos ambicioso su deseo si se tenía en cuenta que los demás las tenían todas á un tiempo, y á él se las daban una tras de otra y permaneciendo al fin y al cabo con una sola siempre, como cualquier perro cristiano.

Estas reflexiones establecieron tal convencimiento en su ánimo, que no dudó en volver á pedir, como en otras ocasiones, y Mahoma, siempre generoso, le añadió á su mujer la estatura que le faltaba para hacer la felicidad del zapatero.



Ya no se necesitaron años ni meses para que el Hache-Maimón se cansara de su esposa; á las pocas semanas después del último cambio, se le ocurrió, que ahora que era alta y delgada, estaría con el pelo negro y con el color moreno mucho mejor que con el pelo rubio y la tez blanca, y como siempre, el profeta accedió á sus súplicas.

Pero el tamaño y el color ya no fueron variaciones suficientes para contentar á Maimón, que sentía una sed inagotable de cambios y variantes en la manera de ser de su esposa.

Después de recorrer todos los colores de ojos y todas las formas de las facciones, empezó á pedir parecidos con cuantas mujeres veía en la calle.

—Ahora que se parezca á la hija de Yusuf—exclamaba, y conseguía, encontraba en su cuarto á la hija del bajá de Tetuán, que llevaba ese nombre. Así recorrió poco á poco todas las hembras de la población, sin tener escrúpulo en apelar al parecido con las judías después que se acabaron las moras, cosa que repugnaba á sus sentimientos musulmanes; pero el deseo era invencible y ya no reparaba en sacrilegio más ó menos para alcanzarlo. En su conciencia encontraba disculpa fácil por la complacencia del profeta, que no le ponía obstáculo alguno en sus peticiones, y que dócilmente hacía cambiar de cara á la zapatera en cuantas ocasiones lo solicitaba Maimón.

Cuando hubo agotado todos los aspectos de la belleza femenina, le entró á Maimón un deseo nuevo que tenía por única base la vanidad. Empezó por pedir que su esposa se pareciera á la mujer del cañal de Tetuán, que era bastante fea, sólo por la autoridad que aquel hombre gozaba entre los moros, y en seguida se le ocurrió solicitar la semejanza de su esposa con la hija única del gran visir, que casualmente pasó por su pueblo en un viaje á Tánger. Después se atrevió con la familia real, y por la zapatera fueron pasando las caras de todas las hermanas y sobrinas del emperador, sin olvidar, por supuesto, á las favoritas del serallo.

A todo esto, Maimón llevaba una vida más triste y más angustiosa que antes; la tranquilidad de espíritu que gozaba en los primeros años de su matrimonio había huido por completo. El pensamiento, ocupado en buscar transformaciones para su conyuge, era para él un continuado tormento; cuando se le ocurría una nueva forma, había en su ánimo un instante de reposo; pero volvía á alterarse por el anhelo de buscar otras apariencias para la zapatera, tarea cada vez más difícil, porque su fantasía se agotaba y ya no podía resistir ni una semana sus propias creaciones.

Llegó un momento en que la existencia le era insostenible; como al judío errante, una voz le decía «anda» cuando sólo aspiraba al reposo, el deseo le decía «inventá», y ya nada se le ocurría ni podía conformarse tampoco con lo que poseía, como en otros tiempos para él más felices y tranquilos.

Un día oyó en la mezquita la lectura de la vida de Mahoma, escrita por un autor de los pasados siglos, y que había florecido en el reino de Granada.

Estaba en verso y el poeta se había complacido en pintar con todos los colores de la más viva fantasía oriental las perfecciones y bellezas de la vida poderosa que dió su mano al profeta, de la célebre Khadidja, con cuyo dinero pudo Mahoma abandonar el comercio y entregarse á la vida contemplativa, recibiendo las revelaciones que produjeron el evangelio isamita.

Maimón sintió herida su imaginación con aquella descripción ampulosa de la mujer del profeta, y apenas regresó á su casa cuando, prosternada la cabeza en el suelo y con los brazos extendidos, invocó con más fervor que nunca la aparición de Mahoma.

No bien éste se presentó ante su vista cuando Maimón que ya se había familiarizado con aquellas visiones, le dijo:

— Señor, es la última vez que os molesto; con la petición que os voy á hacer mi felicidad será completa y á nadie tendré que envidiar en esta vida.

— Bueno, deja los roñosos y habla claro — contestó el profeta, que

esta vez no venía tan sonriente como de costumbre ni con el aire bondadoso de otras ocasiones.

— Necesito que mi esposa se transforme en la bella y santa Khadidja, vuestra compañera en la tierra.

— ¡Cómo! ¡La mía! — dijo Mahoma con voz de trueno, y al mismo tiempo soltó un soberbio puntapié á Maimón, que cayó de espaldas medio atontado.



— ¡A tanto te atreves, tunante? — repetía el profeta menudeando los golpes con sus sagradas extremidades inferiores. — No te quedarán ganas de volver á molestarme.

Maimón creía llegada su última hora y maldecía el momento en que se le ocurrió tan descabellada idea, pero no se atrevía ni á quejarse ni á pedir perdón siquiera, temiendo redoblar la furia de aquel marido ofendido, y aguantó los golpes con resignación musulmana, y como si aquella paliza estuviera escrita en el libro del destino antes de ser copiada sobre sus espaldas.

Por fin Mahoma se cansó de pegar y adoptando un continente más propio de su dignidad como profeta, gritó á Maimón:

— Ya te dije que lo mejor en el mundo es que cada uno se contente con la esposa que Dios le dé. Tú ahora te quedas hablando para toda la vida y deseando una mujer imposible. Para todos hay algo imposible en la tierra; lo mejor es no ponerse en ocasión de desear. Adiós imbécil.

Maimón desde aquel instante entró en un período de desesperación rayano en la locura. Jamás volvió á pisar la habitación de su esposa, ni se le ocurría mirar á ninguna mujer en el Zoco, en el barrio de los indios ni en ninguna parte.

Su pensamiento entero estaba consagrado á desear aquella viuda que ni existía en la tierra, ni en imagen ni en persona podía jamás contemplar.

Emilio S. Pastor.

Cómo reza el envidioso.

Si la envidia cobrara forma material y apareciera en medio de la tierra, el mundo entero arrojaría un grito de espanto. De no ser así, pero yo lo he leído en alguna parte.

¡Señor todopoderoso, esencia de la verdad, no desatiendas los ruegos de este corazón leal, amante de la justicia y de la moralidad!

¡Dios mío, hazed que la obra que González va á estrenar la silben desde el principio hasta después del final; que á Pablo no le confieran el grado de capitán, y que le niegue el ministro á Pérez la credencial; que no se case Bermúdez con su adorada Pilar,

porque serán muy felices y eso me entristecerá; que el tren que sale esta noche en dirección á Almería descarrile, y se hagan polvo todos los que dentro van, porque mi amigo Luis Robles se dirige á esa ciudad á cobrar cuantiosa herencia que le acaban de legar, y si á la vuelta le veo lleno de felicidad, yo voy á sufrir muchísimo ó, mejor dicho, á rabiar. Mira que Carrasco luce su talento natural,

y que en las Cortes pronuncia discursos que le darán fama de orador exímio, superior á Castelar; haz que en la lengua le salga un cáncer fenomenal, que no le permita en veinte años volver á chistar.

¡Señor todopoderoso, esencia de la verdad, no digas que de ti abuzo

si te ruego con afán que nadie en el mundo goce de salud y bienestar, porque el bien ajeno es cosa que á mí me sienta muy mal! ¡Concedéme generoso cuánto acabo de expresar! ¡Ya ves que nada te pido para mí, Dios de bondad, pues sólo en mis oraciones me acuerdo de los demás!

Tomás Lucena.

La posteridad.

Leí en *El Imparcial* el anuncio de la almoneda, calle de Tal, número tantos, y allí me fui corriendo, antes de que la bandada de prederos que acude á tales liquidaciones, como enervos á carne muerta, se echara encima.

Se trataba de un señorón rico que había muerto sin dejar hijos, ni mujer, ni hermanos, y los sobrinos se deshacían de los muebles para distribuirse el producto de la venta.

Entré en la casa, donde todo estaba en ordenado desorden, cuadros, tapices, colgaduras, panoplias con caprichosas armas japonesas, espadas antiguas, estatuas pequeñas, sillas y taburetes de todas clases, repisas de talla, relojes de diversas formas, unos bajo fanales, otros colgados en los muros, espejos, lavabos... ¿qué sé yo? Se conoce que el difunto, aunque sólo vivía acompañado de sus criados necesitaba grandes anchuras, salones espaciosos, almohadas y comedor desahogados, donde poco á poco había ido acumulando un tesoro de antigüedades y bellezas artísticas.

Sobre cada objeto ó sobre cada grupo de los que se vendían en junto había colocado un tarjetón con un número que correspondía á un catálogo, donde figuraba el precio de venta. No se admitía rebaja, porque la tasación se había hecho por tres peritos y á conciencia.

Por los salones discurrían varias personas: un matrimonio joven, una mamá con dos niñas, algunos señores graves, aficionados quizás, algún ganguero que otro, dos amigos que iban por curiosidad.

Cuchicheaban entre sí, poniendo defectos á esto, elogiando las bellezas de lo otro, mirándolo todo despacio, palpando algunos objetos, como si pidieran al tacto la persuasión que no recibían por los ojos.

De cuando en cuando llamaba alguno á uno de los encargados.

—Diga usted, ¿en cuánto está aquel espejo?

—¿Qué número?

—El 87.

—Cien pesetas. Es luna veneciana.

Y luego volvía el preguntón á examinar el espejo y á hacer observaciones á una señora que le acompañaba.

Dando vueltas por los salones, mirando los muebles y objetos más por curiosidad que por interés, fijó la mirada en un retrato que estaba colgado en la pared.

A primera vista me pareció una excelente obra al óleo, que revelaba un pincel maestro. El asunto no podía ser más baladí: un retrato.

—Diga usted—pregunté al encargado,—aquel retrato ¿cuánto vale?

—¿Aquél?

—Sí, señor. El 216.

—Veamos... 216... un retrato hecho por Goya, 5.000 pesetas.

—¿Puedo verlo más de cerca?

ISABEL LÓPEZ



En la zarzuela ¿Cómo está la sociedad?

—¡Ya lo creo! Ahora se descolgará.—Juan! Baja aquel retrato y ponle donde este caballero le vea bien.

Así lo hizo el criado. Colocó el retrato cerca del balcón, reclinado en una silla, y yo me senté delante de él en un taburete y me quedé embobado.

Porque, efectivamente, era una hermosísima obra debida al pincel del inmortal maestro.

Representaba el lienzo un sujeto como de cincuenta años, con el pelo en desorden, la mirada escudriñadora, la sonrisa á punto de estallar, y vestía (lo que del busto se veía) casaca de color aceituna con grandísimas solapas, gran cuello de camisa agarrotado por negro corbatín y chorreras de camisa que salían por entre la casaca.

Pero ¡qué rica entonación! ¡qué fresca transparencia en las carnes! ¡qué movimiento de vida bajo el cutis! ¡qué brillantes en la mirada! ¡qué pícarosca intención en la sonrisa!

Y se me ocurrió preguntarme: ¿Quién será él?

En la habitación me había quedado solo.

Busqué en otra al encargado y le pregunté:

—Diga usted, ¿y se sabe de quién es ese retrato?

—No se sabe el nombre; se sabe tan sólo que era amigo íntimo del abuelo, del señor que ha fallecido.

—Pocas noticias son ésas.

Y me volví al taburete para continuar examinando aquella hermosa obra.

De tal manera me ensimismé en la contemplación y en tal abismo me metieron las conjeturas, que involuntariamente llegué á creer que el retrato, atento á mis dudas y deseando satisfacer mi curiosidad, contestaba á mis preguntas mentales sin abandonar su escudriñadora mirada y su burlona sonrisa.

—Pero tú ¿quién eres? ¿quién has sido?—pregunté.

—¿Y á ti qué te importa?—me parece que me contestó.—¿Te agrado? ¿Te causo admiración? ¿Qué más quieres?

—Pero ¿cómo has merecido ser retratado por tan gran maestro? ¿Qué mérito has contraído? ¿Has sido un gran político?

—No; en mi tiempo no se hacía política.

—¿Fuiste un gran general? ¿Organizaste el ejército? ¿Conquistaste países? ¿Diste grandes batallas?

—¿Quién! «Mate moros quien quisiere, que á mí no me han hecho mal.»

—¿Fuiste gran poeta? ¿Escribiste grandes obras? ¿Entusiasmaste en el teatro? ¿Deleitaste con el libro?

—No; de cada cien escritores sobrasale todo lo más uno. Es de dudoso éxito la empresa.

—Entonces ¿te dedicaste á la ciencia? ¿á la medicina quizás?

—¿Nada de eso!

—¿A la arquitectura?

—¡Menos!

—¿Pues ¿quién eres?

Ya te he contestado ¿qué te importa? ¿No ves, ciego, que lo que te llama la atención no soy yo cuando vivo, sino yo cuando retratado? Te diré, sin embargo, para tranquilizarte, que no soy nadie, ni he hecho nada notable en el mundo, ni he prestado servicios á la humanidad, ni he cultivado el arte, ni dejé tras de mí rastro alguno. He querido pasar á la posteridad sin trabajo alguno de mi parte, y para ello he seguido el camino más corto que debe seguirse, me he hecho retratar por un gran maestro. De esta manera mi efigie se perpetuará por los siglos de los siglos, mi estampa, cuidada y conservada, durará más que hubieran durado mis obras, y... ya lo ves, el artista cobró por su obra 500 reales, y tú vas á dar por ella 5.000 pesetas. ¿Qué crees? ¿Que en mi tiempo no había positivistas? Pues ya lo ves, los había. Y... ése soy yo, un positivista pintado por Goya.

Salí de mi sopor, me levanté del taburete, busqué al encargado de la almoneda y le dije:

—No venda usted ese cuadro. Mañana vendré por él y le pagaré.

Y al día siguiente empeñé cuanto tenía y me llevé el positivista á mi casa, donde sigue colgado de un clavo, mirándome con curiosidad y sonriéndome con malicia.

M. Matcos.

Puesta de sol.

Asomado al balcón de Rosalía

y mirando los dos el sol poniente,

—¿Qué hermosa está la tarde!—me decía

Rosalía, la esposa de Vicente.

¡Qué boca! ¡Qué cabellos! ¡Qué mirada!

¡Qué sonrisa tan dulce y voluptuosa!

¡No he visto una mujer tan bien formada

ni tarde como aquella, tan hermosa!

Cain el sol despacio, muy despacio...

echando perezoso sus cabellos

á otro espacio mayor, si es que hay espacio

bastante grande donde quepan ellos.

Y contemplando el sol y á Rosalía

y la hermosura de la tarde aquella,

yo estaba tan turbado, que veía

no sé si á ella en el sol, ó el sol en ella.



Resplandores del sol me iluminaban
y de los ojos de ella los destellos,
no pudiendo decir si me cegaban
rayos de sol ó de sus ojos bellos.
—¡Todo convida á amar!—dije de pronto
y casi sin saber lo que decía,
y me quedé mirando como un tonto
no recuerdo si al sol ó á Rosalía.
—¿Por qué?—me contestó ruborizada,
mirándome á la vez de cierto modo,
y siguió en el balcón, siempre apoyada
tropezando en mi codo con su codo.
—No sé por qué—le respondí temblando,—
pero tengo hace tiempo la manía
de que llega el amor sin saber cuándo,
y más veces de noche que de día.
Serán bobadas—murmuré á su oído,—
mas parece la sombra como un velo
que hace de todo el mundo todo un nido,
que Dios no puede ver ni aun desde el cielo.
Ella no respondió: bajó la frente
y se estuvo un gran rato pensativa,
mirando con placer el disco ardiente
de aquel hermoso sol que ya se iba.
Rodó por fin el sol, ya moribundo,
se apagaron sus últimas centellas,
y ese suspiro que parece un mundo
lanzó el mundo, y brillaron las estrellas.
Los dos entonces, y á la vez, sentimos
búscarse con afán nuestras miradas,
y nos vimos tan cerca, que nos vimos
las almas á los ojos asomadas.
—¡Ya es de noche!—le dije á Rosalía,
al par que casi imperceptiblemente
—¡Qué hermosa está la noche!—me decía
Rosalía, la esposa de Vicente.



—¡Todo convida á amar!—dije, acercando
mi cuerpo hacia su cuerpo, que temblaba,
sintiendo hasta su sangre, que ondulando
oprimía mi sangre y la inflamaba.
Suspiramos los dos, como suspiran
los que van á morir y los que nacen;
como las golondrinas, cuando giran
buscando el sitio en que sus nidos hacen.
Roja y hermosa como el sol dorado,
imagen de su imagen hechicera,
se apartó del balcón y de mi lado
con el terror del que huye de la hoguera.
—¡Déjeme usted, por Dios!—exclamó, loca
no sé si por el miedo ó los antojos,
porque al ir á decirlo con la boca,
¡no te vayás! decía con los ojos.
La soledad, la sombra, esos rumores
que sin saber de dónde trae el viento,
perfumadas sus alas con olores
de tierra fresca y de pinar sediento;
la luna, que salía lentamente
recortando la tierra con su brillo;
el cercano murmullo de una fuente,
y el lejano rumor de un guitarrillo;
algo que flota siempre entre la bruma,
y algo que suena como alegre nota,
buscándose los dos, como la espuma
busca la espuma que cercana flota,
todo aquel cuadro de apacible calma,
con algo de sensual y de divino,
se filtró por mi alma y por su alma,
cogiéndolas igual que un torbellino.
Vi de su boca ardiente los desmayos,
de sus lánguidos ojos los espejos,
todo rodando ya, como los rayos
del sol aquel que se marchó tan lejos.
Y me abracé á su cuerpo, que caía,
al mismo tiempo que, amorosamente,
—¡Qué hermosa está la noche!—me decía
Rosalía, la esposa de Vicente.

Constantino Gil.



La política en el púlpito.

(EPISODIO DE 1825)

I

El último pedazo del postrer bollo de los de Jesús acababa de mojar en el amplio canjilón de chocolate fray Saturnino, y ya se disponía á sorber los relieves del sabroso caracas, cuando de pronto tres discretos pero precipitados golpes dados á la puerta de la celda le hicieron suspender tan dulce tarea.

Para comprender la sorpresa que en él produciría tan irreverente infracción á las severísimas órdenes, basta saber que el prior mismo, respetando los recluimientos del docto predicador titular de la casa, ni por nada ni por nadie hubiera osado interrumpir los profundos estudios á que siempre se suponía dedicado aquel santo varón, «pasado talmente de letras», que era como le calificaba la parte de la comunidad más dada á los vanos é higiénicos ejercicios de la barra ó de la pelota que no á los secos y áridos simbolismos de la teología.

Verdad es que la otra parte no creía tan de buena fe en los atracones de santos padres y en los hartazgos de profetas, mayores y menores del bueno de fray Saturnino, no faltando en ella novicio maleante ó hermanuco de órdenes menores que supusiera que tanto y tanto infolio como abierto por la mitad obstruía la celda, más tenía trazas de engañar á los bobos que no de servir de pasto intelectual al sabio teólogo, que por aquel medio se libraba de las molestias de visperas, completas, maitines y demás rezos ordinarios y extraordinarios.

Pero el hecho es que las homilias del predicador causaban el asombro de todo el mundo; que Madrid entero acudía á llenar la amplia iglesia de Santo Tomás cuando fray Saturnino echaba sobre sus hombros la tarea de hacer el panegírico de tal ó cual bienaventurado, y que hasta la felizmente restaurada majestad absoluta de Fernando el Deseado se complacía no pocas veces escuchando á aquel «pozo de ciencia», á aquel «pico de oro», que tenía en la punta de la uña los más enrevesados textos y las más pertinentes citas.

Al oír los golpes, el fraile dudó un momento, limpió precipitadamente los labios de los residuos del chocolate y, calándose las gafas, que eran de las de cristales redondos y tamaños como ruedas de molino, abrió de mal humor la puerta, murmurando con no bien disimulada acritud:

—¡Pase quien sea!

Pero cuando el inoportuno é inopinado visitante, después de cerrar tras sí, echó abajo el embozo que le ocultaba las facciones, el sabio teólogo no pudo hacer más que dejarse caer de plano en su amplio sillón de vaqueta, mirando con espanto:

—¿Tú aquí?

II

El recién llegado, que era un mozo que muy escasamente rayaría en los veinticinco años, llevaba con cierto atildamiento un poquillo presentuoso frac-casaca de color de hoja seca que, aunque rigurosamente abrochado, dejaba ver las agudas solapas de un chaleco de cachemir rameado, la chorrera de encaje de una pechera que sólo á medias ocultaba el amplio corbatín blanco y los dijecillos de oro de los dos relojes que ocultaba en los bolsillos. Vestía además calzón de punto, si no negro muy oscuro, y de idéntico é irreprochable brillo estaban dotadas las botas á la «arabí» que le calzaban, que el chato sombrero de copa que cubría su cabeza, y que por cierto dejaba caer por la espalda unas airosas borbillas de torzal negro.

—Vengo á que me salve usted —murmuró con acento resuelto.

—¡Salvarte? ¿De qué?—preguntó con ansiedad fray Saturnino.

—Los esbirros de la superintendencia de policía andan sobre mis huellas. Mi nombre ha sido descubierto en las listas de una

de las logias masónicas que más ruido dieron en el periodo de los tres años.

—Pero ¿eso será una calumnia?

—No calumnia, sino verdad más neta todavía que la realcía del rey Fernando. Y lo peor de todo es que estoy resuelto, si usted me entrega á la saña chaperoniana, que es lo mismo que poner mi cuerpo en los palos de la horca, á enterar á todo el mundo de que esos sermones que tanta fama de elocuencia le han dado, y que acabarán por hacer que ciña esa cabeza una mitra, han salido del magín del más empecatado de los liberales y del, por lo que se ve, más temible de los franco-masones.

—¡Calla! ¡Calla, por el cielo!—exclamó el fraile poniéndose lívido.

El mozo se arrellanó con calma en otro sillón apartando de él, con no mucho respeto, unos libracos, y á su vez se limitó á decir:

—Para su gobierno, bástele saber que estoy dispuesto á no salir de aquí hasta que me saque á sitio desde el que pueda sin dificultad ganar la frontera. Si á este asilo llegan mis perseguidores, sabré hacerles pagar cara mi vida. No crea vuestra paternidad que me vengo de vacío.

Y como prueba de sus palabras, sacó de los bolsillos un par de pistolas que, después de amartilladas, depositó sobre no sé qué tratado *De Trinitate*, con el mayor aplomo.

—¡Hijo! ¡hijo!—exclamó el fraile dando un salto.

—Pero también puedo decir que traigo en una mano el pan y en otra el palo. Tome vuesa merced,—añadió con benévola sonrisa el currutaco, haciendo entrega á su interlocutor de un rollo de papeles.

—¿Qué es esto?

—El sermoneo que por encargo de S. M. debe predicar en la función de desagavios que celebra pasado mañana esta iglesia. No tema vuestra paternidad. Aunque me esté mal el decirlo, es una pieza oratoria modelo. He tomado el texto *exurge Domine*, y me río yo de quien quiera ir más allá en lo de pedir el hierro y el fuego, no sólo para todos los pícaros liberales, franco-masones y comuneros, sino hasta para aquellos que los encumbran ó faciliten su evasión.

Fray Saturnino estuvo á punto de perder el conocimiento. Pero su amigo le tranquilizó diciéndole con bondad:

—Por suerte, su paternidad tiene buena memoria, y como yo he de estar aquí para hacerle estudiar el gesto y la entonación, le tomará de coro en las cuarenta y ocho horas que faltan. De aquí á entonces ya habrá encontrado medio de arreglar mi asunto.

III

Las precauciones que tomó fray Saturnino en aquellos dos días para que nadie le interrumpiera en sus tareas excedieron á todo encarecimiento. Ni al refectorio siquiera bajó una sola vez, haciéndose servir las no por cierto escasas comidas á su celda.

Pero á nadie podía extrañar aquello, sabiendo que traía entre manos una obra que había de immortalizarle.

Y le immortalizó ¡vaya si le immortalizó! Por espacio de dos meses muy largos de talie no se habló en Madrid de otra cosa que de su sermón de la función de desagravios.

Sobre todo, el largo y cadencioso período en que pedía que se buscara hasta debajo de la tierra, si era preciso, á los que por malicia ó cobardía servían de encubridores á la evasión de los que debían pagar en la horca sus maldades, hizo derramar lágrimas de indignación á los oyentes.

Verdad es que su voz, al pronunciar aquel párrafo, tenía tales temblores, su rostro se descomponía de tal modo, que no se hubiera dicho sino que sufría todos los tormentos que á voz en cuello pedía para los enemigos del trono y del altar.

Con decir que el propio Fernando VII. una vez terminada la función, no quiso privarse del placer de felicitar por sí mismo al elocuente predicador, no hay que añadir más.

¡Lástima que el que era torrente de verbosidad y catarata de facundia en el púlpito, no tuviera para S. M. más que algunos entrecortados balbuceos y unas cuantas frases incoherentes, más propias de quien tiembla ante su juez que no de quien se siente orgulloso escuchando tan angusto encomiador!

Y eso que Fernando al salir, con su *bondad* acostumbrada, hasta se dignó ponerle la mano en el hombro, diciéndole cariñosamente:



—Cuenta con la mitra. Tenemos sede vacante. Yo mismo te traeré dentro de unos días el decreto de preconización.

IV

Como el rey neto, aunque no siempre, alguna vez cumplía sus palabras, no pasaron muchos días sin que honrara á la comunidad con su visita.

En la celda prioral se dignó probar el ligero pero delicado agasajo que se le tenía dispuesto, y cuando hubo charlado un rato con la mayor llaneza con el jefe de la comunidad y con los frailes de más campanillas, sacó un papel del bolsillo, diciendo:

—Cuando vuelva fray Saturnino de su viaje, que le den esto.

—¿De su viaje?—preguntó el prior con extrañeza.

—De su viaje, sí—afirmó el rey.—A mi policía no se le oculta nada, y por ella sé que hace unos cuantos días pasaba por Navarra, á ocuparse en no sé qué asuntos de la orden, y por cierto con todos sus documentos en regla.

—Señor, perdone V. M.—murmuró el prior, no sin azoramiento.—Aquí debe haber algún error. Fray Saturnino, tomado de unas fiebres desde el día del sermón, no ha salido de su estudio.

El rey frunció el entrecejo, y poniéndose de pie exclamó con dureza:

—Es preciso que yo le vea.

Y como momentos después estuviera en la celda de fray Saturnino, que, comenzando á convalecer, se había levantado del lecho, cayó á los pies del soberano, pálido como un muerto.



—Ni una palabra—dijo Fernando con severidad.—En el bolsillo te traía lo ofrecido, pero el estado de tu salud me hace ver que mejor que el obispado te han de convenir los aires del monasterio de Santiago de Compostela, que te señalo como reclusión para el resto de tus días. Ya ves que no sigo demasiado al pie de la letra tus exhortaciones del piadoso párrafo de tu sermón enderezado contra los cómplices y encubridores de los franc-masones.

Y sin decir otra palabra salió de la celda y del convento de Santo Tomás la felizmente restaurada majestad absoluta del nunca bastante alabado Fernando VII.

V

La inimitable elocuencia de fray Saturnino obtuvo al cabo el galardón merecido, haciéndole ceñir la mitra ambicionada. Pero esto fué muchos años más tarde cuando, muerto Fernando, volvieron los pícaros aires liberales á traernos la *fatal manía de pensar*, adormecida venturosamente durante la saludable reacción de 1824 á 29.

Y excusado es decir que quien hizo el milagro fué el currutaco del frac-casaca color de hoja seca y botas á la *farolé*, que por cierto brilló no poco en los días del Estamento de Próceres, y muy posteriormente.

Lo que tiene es que de este sí que no digo el nombre, que triunfos políticos y hasta literarios han hecho pasar al libro de la historia.

Para ello tengo un motivo de discreción. Trocado luego en uno de los más adictos moderados, tuvo siempre mucho cuidado de callar la aventura del convento de Santo Tomás.

Hablar de tal cosa hubiera sido descubrir sus calaveradas de masón y de exaltado allá por el año 20, y hay chiquilladas de que no conviene siempre hacer memoria.

Angel R. Chaves.

LA COSTURERA SANTANDERINA

(A SINESIO)

En lindos versos que yo no hago porque las musas me tratan mal, si bien confieso que soy un vago y por sus mimos no doy un real, y por sus mimos con arpas de oro gallardos vates con arpas de oro —aunque esto nadie lo ha de creer, pues si tuvieran ese tesoro le empeñarían para comer,— nos han descrito los populares tipos que adornan á esta nación: la lavandera del Manzanares que alegre canta dando jabón; la cigarrera que allí en Sevilla clavetes rojos suele lucir de los que nacen junto á la orilla

de aquel poético Guadalquivir; la batelera del Bidasoa, río medio eúskaro, medio francés; la gracia típica, digna de loz, de la chulapa de Lavapiés; la valenciana ramilleteira, que es de sus flores la mejor flor; la gaditana de alma torera que hace pitillos é inspira amor; la que en Asturias tierna suspira, moviendo el huso, por su idea; y la gitana de Sierra Elvira que lleva mora sangre arterial, todas cantadas, Sinesio, han sido por trovadores de inspiración,

que han sus encantos enaltecido
con hiperbólica ponderación;
y yo, que menos que esos poetas
de arpas de oro no quiero ser,
pulsó la mía de dos pesetas
para que alcance glorias completas
¡la costurera de Santander!

Su cuna arrullada se vió por las olas
del bravo Océano, que es un señor mar.
(Digan lo que quieran los Zoilos á solas,
ese par de versos salió regular.)

Nació, como digo, del mar á la orilla,
endebíle, flacucha, de chata nariz,
y la alimentaron con láctea papilla
hecha con migajas de pan de maíz.

Allá en los albores de su era temprana
á las bajamares fué con su mamá
y acopio hizo en ellas de muergo y de *husana*
para que á la pesca fuera su papá.

Allí en las marismas la tierna criatura
de sales marinas su sangre nutrió
y allí, respirando la atmósfera pura,
de crueles dolencias su cuerpo salvó.

Dos años escasos *anduvo* á la escuela,
sabiendo por eso plumear y leer,
y *diendo* á los corros aún á la plazuela,
niña todavía, comenzó á coser.

En una costura de diestra modista
entró de aprendiz, como es natural,
y á los pocos meses mostró ser tan lista
que ya distinguía del tul el percal.

Los años primeros, ¡oh qué años impios!
de las oficiales juguete vil fué,
llevando y trayendo de aquéllas los líos,
¡y había unos líos!... ¡Figúrese usted!

En tanto la chica se fué modelando,
sus ojos brillaron con más esplendor,
sus líneas corpóreas se fueron curvando
y ya á sus oídos llegó alguna flor.

Dejó de ser débil, patosa y escualida
y, llena de vida, rompiendo el capuz,
voló mariposa la que era crisálida
con alas de oro, ¡del sol á la luz!

Hoy da gloria verla, con falda movida
de airoso andares al suave compás,
pechera de hombre, chaqueta ceñida
y mangas que infladas parecen con gas.

Se peina con arte, mas nunca con velo
ni nada su linda cabeza cubrió,
y sólo se adorna la mata de pelo
que cae por la espalda con lazos de gro.

Libre y bulliciosa, los días de fiesta
al campo con otras alegre se va,
y baila y á todo se encuentra dispuesta,
guardando las formas, eso claro está.

Cuando juntas vuelven de una romería,
á pie ó á caballo ó en coche ó en tren,
arman entre todas una algarabía
que... ¡lo que se pierden los que no lo ven!

Derramando gloria van por esas calles
y á la tardecita por el *bulevar*,
marcadas las curvas, ceñidos los talles,
mirando á hurtadillas, sabiendo pisar.

Á nadie se muestran hurañas ni esquivas,
y como el requiebro no huelva á soez,
contestan con frases graciosas y vivas
al sabio y al necio y al lila y al pez.

Saben entre todos sus galanteadores
á cuál de ellos deben dar su corazón,
y muchas salieron de esos obradores
que virtuosas madres de familia son.

También han subido muchas costureras,
contrayendo nupcias al pie del altar,
á otras elevadas sociales ésfemas
donde dan ejemplos dignos de imitar.

El golfo cantábrico les presta sus sales;
las brisas marinas, salud y vigor.....
.....
¡Perdonen las chicas que gastan dedales
que yo no haya sido más hábil pintor!

José Estrada.

LA ALEGRÍA DE LOS SALONES

(POR C. PLA)



Bien ha dicho *Mostachón*
en *La Voz de la Honradez*.
No hay quien gane á este barón
ni á poner un cotillón
ni á decir una sandez.

Cuento.

Al guardián de un monasterio
llamó una noche el prior,
y entre afigido y airado
de esta manera le habló:
—¿Cómo no se halla en su celda
el hermano Melitón?
—Ignoro, padre, la causa;
marchóse al ponerse el sol
y no ha vuelto. —¿Y el hermano
Quintín? —Escuchar su voz
creí, al pa-ar por el coro,
pero dice el provisor
que de colecta ha salido..
—¿Él solo? —Con otros dos.
—¿Y el hermano Jaime? —Enfermo
en la villa se quedó.
—¿Y fray Diego? —Está de boda.
—¿Y fray Roque? —De misión.
—Y vuestra merced ¿qué opina
de estas cosas? —Nada soy
para opinar, mas opino,
y si poco es por error,
que aquí todos se divierten,
padre, menos usted y yo.

Manuel del Palacio.

El infierno salvador.

(CUENTO MORAL)

Porque era la noche negra
y estaba San Pedro en Coria (1),
por las puertas de la gloria
logró colarse una suegra.

Allí pasó un día ó dos,
de angelote disfrazada,
viviendo mortificada
en paz y en gracia de Dios.

Pronto su aparente calma
trocóse en chismes sin cuento
y ya, desde aquel momento,
no pudo vivir un alma.

Habo dimes y diretes,
peloterías y disgustos
y llegaron varios justos
hasta darse de cachetes.

Con este anormal estado,
que así la paz destruíra,
el mismo Dios, cierto día,
llegó á ponerse en cuidado.

Y aunque en saber se desvela
de aquel desorden la historia,
aquello, más que la gloria,
parecía una plazuela.

En tanto, el berengenal,
tomaba tal incremento
que temblaba el pavimento
de la corte celestial;

nada aquel recinto alegre,
es inútil vigilar,
que no hay Dios que ose luchar
con la astucia de una suegra.

Sólo un ser, que era su yerno
y en el purgatorio estaba,
dichoso se contemplaba
creyéndola en el infierno.

Pronto aumentó su ventura
el saber que iba á la gloria
por sentencia laudatoria
del Señor de la natura.

Y sin hacer las visitas

LA FORMALIDAD EN PELIGRO, por M. Alonso.



(1) Coria ó Babia, lo mismo da.

que prescribe la etiqueta,
se despidió por tarjeta
de las ánimas benditas.

— ¡Dios ha visto mi sufrir
y al fin cambié mi destino!
— decía por el camino. —
¡Cuánto me voy á reír!

No habrá penas, ni injusticia,
ni suegra, que es la más negra.
¡Cómo rabiara mi suegra
cuando sepa la noticia!

Y pensando en su victoria,
que dentro del pecho esconde,
llegó, sin saber por dónde,
á las puertas de la gloria.

Ya puesto el pie en el umbral
y á introducirse resuelto,
halló el cielo más revuelto
que un centro municipal.

Asonadas y motines
á troche y moche estallaban,
y á mojicones andaban
ángeles y serafines.

— ¡No habrá mortal que lo crea!
— clamaba el pobre, indeciso. —

¡Si á esto llaman paraíso,
que venga Dios y lo vea!

Y entre animoso y rehacio,
no sin chocar con la gente,
pudo llegar felizmente
á la plaza de palacio,

¡y cuál su asombro no fué
cuando, al pavor tregua dando,
vió á su suegra perorando
á las puertas de un café!

— Ella está aquí, ¡Guarda, Pablo! —
gritó con honda amargura,
y corriendo á la ventura
como alma que lleva el diablo,

salió de aquella mansión
el desventurado yerno,
hasta hallar en el infierno
refugio de salvación.

Y hoy afirma que se alegra
y aseguran otros cien
que el infierno es un edén,
con tal de que no haya suegra.

Luis Cabada.

Amorosas.

¿Tienes amigo pobre y novia honrada?
Pues ¿á que nunca te diviertes nada?

Quisiera ser trino y uno
como el Dios que está en los cielos,
para amar sin ofenderlas
á tres mujeres á un tiempo.

Hay ocasiones en que estarse quieto
viene á ser una falta de respeto.



Antaño, vida mía,
me parecían buenos para amarte
la calleja, el arroyo, cualquier parte,
y tenían encanto y poesía
la espera larga, la entrevista breve,
con frío ó con calor, con lluvia ó nieve.
Hoy... nuestras entrevistas amorosas
requieren muchas cosas:
gabinete coqueto y reservado,
cuadros, alfombras, lámparas, espejos
y ambiente perfumado.
Prueba palpable... ¡de que somos viejos!

Sin resistir, ni en broma,
me diste el beso,
y ya no tuvo aroma
sólo por eso.

Cuando la oigo subir por la escalera
me apresuro á salir al descansillo,
tiro nerviosamente el cigarrillo
que me ayudaba á entretener la espera,
y con ansia febril, ardiente y loca
la saludo besándola en la boca.
Después, cuando se aparta de mi lado
llamándome chiquillo atolondrado,
la despiro besándola en la frente
y me pongo á fumar tranquilamente.

Tengo la creencia
de que no eres frágil.
¡Hazme tú el obsequio
de desengañarme!

Sinesio Delgado.

¿Que el amor conduce al crimen
á muchos hombres? Quizás.
Pero los que se redimen
por él son bastantes más.



La tienda.

De un periódico de la mañana. — Anoche entre nueve y diez promoví un gran escándalo en la calle de la Montera. Un hombre de treinta y cinco años, armado con un grueso bastón, arremetió contra los escaparates de la referida calle, mientras lanzaba terribles improperios y carcajadas de loco. Rompió gran número de cristales y destruyó toda la mercancía que se le puso por delante. En lo más fuerte de su empeño se hirió en la frente y cayó en tierra sin sentido. Llevado a la casa de socorro, el inteligente médico de guardia Sr. D... le hizo la primera cura. La herida no presenta caracteres de gravedad; pero hay el temor de que el infortunado joven tenga perturbada la razón.

Justo López García y Manuela Fernández eran dueños de una tienda de mercadería situada en calle de no gran tránsito, tienda de reducidas dimensiones y de interior oscuro y pobre, como si para el matrimonio la vida empezara en el mostrador y concluyera en la puerta que daba a la calle. A fuerza de asiduo trabajo habían adquirido alguna clientela, y si el comercio aquel no les daba para grandes lujos ni despilfarros, proporcionábales lo suficiente para no deber un cuarto a nadie, ir viviendo, aunque no de muy cómoda manera (a lo que siempre se hubiera opuesto su natural tacañería), y ahorrar unos cuantos miles de reales al fin de cada año, satisfacción que superaba en ellos a todas las demás que el dinero puede proporcionar.

De modo que para ser felices nada les faltaba, porque hasta el deseo que apuntó en ellos desde el mes siguiente de su boda, y que era el de un hijo, se vieron logrado a los tres años y cuando ya tenían casi perdida la esperanza, con lo que fué mayor la alegría.

Cuando Indalecio (con tan feo nombre fué bautizado el chico en recuerdo de su abuelo paterno) llegó a la edad en que las facciones de un niño dejaban de ser casi iguales a las de otro para adquirir rasgos propios, se vio que no era guapo, pero sin que su fealdad asustase.

«El que a los suyos se parece honra merece», dice un refrán no muy digno por cierto de ser comprendido entre los que llamó Cervantes «pequeñas sentencias», sino entre los disparates que rechaza el sentido común, y de aplicarle a Indalecio, reventando de honra habría que suponer a éste por el gran parecido que con sus padres tenía.

De tal manera se unían y armonizaban en él los rasgos fisionómicos de Justo López y Manuela Fernández, que viéndole al lado del primero se decía ¡es él!, viéndole al de su madre ¡es ella! Estando los tres juntos, se dudaba en dar la preferencia en el parecido y se acababa por decir ¡los tres son iguales! Y, sin embargo, aisladamente Justo y Manuela no se parecían; pero con el chico en medio, lo que digo, iguales. Una cosa muy extraña, pero muy verdadera, y que llenaba a Justo y a Manuela de natural orgullo.

El problema de la educación y del porvenir de Indalecio no hizo pensar gran cosa a sus padres. ¿Para qué? Esa educación y ese porvenir presentábanse ante ellos como una línea recta que, al igual de su vida, arrancaba del mostrador y terminaba en la puerta de la tienda.

Y allí estaba todo: la educación en el libro diario con sus raras rojas y azules y sus columnas de números; el porvenir en aquellas piezas de puntilla, cajas de corchetes, montones de estambre, cascadas de abalorio y demás artículos de su comercio. No... no había por qué preocuparse. El chico se enteraría de los sencillos detalles del negocio; sin gran pena, por costumbre, sin necesidad de quebrarse los cascos ni abondar en ciencia alguna. ¡Cuántos, pero cuántos querían encontrarse en sus circunstancias!

El padre, al pensar en ello, sonreía con gran satisfacción.

De este modo pasó algún tiempo. Para que aprendiese a leer, escribir y contar, Justo envió al chico a la escuela. Tampoco le preocupó mucho la elección de sitio... ¿Qué más daba! En cuanto supiera Indalecio lo que se ha dicho, le pondría tras el mostrador y ¡a despachar con él!...

Indalecio aprendió pronto a leer y a escribir; en la aritmética resultó más torpe; para sumar cantidades de más de tres cifras necesitaba el auxilio de los dedos, y aun así se equivocaba casi siempre. Suma exacta le resultaba pocas veces. Tratándose de operaciones de resta, por distracción casi siempre ponía la cifra mayor debajo de la más pequeña... y aunque se devanaba los sesos, la operación no salía... cosa natural en tal caso. Aprender a dividir por dos le costó muchos meses de atención y trabajo... A dividir por tres con facilidad no se supo nunca que llegara... En fin, que no había nacido para aquello... Los números le inspiraban asco... Así como se dice, asco...

Justo torció el gesto al enterarse por el maestro de aquella rebeldía del cerebro para toda operación aritmética. Pensó que su hijo era muy bruto. Para él, Justo, el comercio lo era todo... y el que no servía para él, ¿dónde iría? El que equivocaba una suma era un desdichado, con pena a morir de hambre. Que no le fueran a él con la canción de que en todas las profesiones puede brillar un hombre y hacer dinero y elevarse sobre lo demás; que no le dijese que las aptitudes varían según el temperamento de cada uno, y que la tiendecita de donde sacó

sus ahorros y en la que vivió siempre tan feliz pudiera ser angustioso marco para otras aspiraciones. Esto era idealismo, simpleza, cosa que carecía de fundamento. El tenía un comercio de sedas para su hijo y un hijo para su comercio de sedas, y así había de ser... En esto no transigía. ¡Costaba trabajo meterle al chico en la cabeza la aritmética! Bueno, pues la cosa no era para desesperarse. Justo recordaba que allí en sus modeladas a él le había pasado lo mismo... Y, sin embargo, a fuerza de paciencia y de costumbre...

Pero lo que vivió en Indalecio al poco tiempo le produjo verdadero susto...

«¿Quién le había metido en la cabeza tan descabellada idea!... Indalecio renegaba de los números y mostraba aficiones de poeta! Si... lo dijo una noche, acabada la comida, eurofreciendo un poco, pensando quizás que proporcionaba a sus padres una gran satisfacción. Sacó unos papeles del bolsillo y leyó, leyó a Justo y a Manuela lo que en aquellos había escrito, con acento dramático, algo de sonsonete y verdadera emoción. Ello eran versos, no se sabe si buenos ó malos, pero dignos de respeto por ser virginidad de su alma que echaba a la prosa más baja representada por sus padres.

No entendieron éstos lo que decía, pero la febre de su hijo les dejó helados.

Miró Justo López a Manuela Fernández con gran tristeza, respondió Manuela Fernández a Justo López en la misma forma, y ante el silencio y la severidad que siguió a la lectura, quedóse Indalecio medroso y sin fuerzas para preguntar nada. Ni hacía falta la respuesta. El ceño de sus padres le decía lo que pensaban y la gran desazón que sus arranques poéticos les producían.

Desde aquella noche Indalecio adivinó la lucha, y si no renunció a sus aficiones por estar muy en lo hondo, las disimuló como pudo a fin de no mortificar a sus padres. Pensando en que tal vez los hechos les probaran a aquéllos lo equivocados que estaban al suponer que fuera de la vida que llevaban no había otra, trabajó a escondidas, temeroso siempre de una sorpresa y de una batalla formal en que el instinto le advertía que llevaría la peor parte. Pero la inquietud que el descubrimiento de sus anhelos despertó en Justo y en Manuela no dejaba a éstos punto de reposo.

Era el suyo un espionaje feroz, continuo, sin tregua de un momento.

Indalecio se sintió víctima de una observación constante y silenciosa, oprimido de un modo cruel, sin un instante de libertad ni de calma. Y entre tanto seguía componiendo versos, planeando dramas y novelas, sintiendo una saña horrible de darlos forma gráfica en el papel y faltándole siempre ocasión oportuna para hacerlo.

Ya no salía de la tienda. No se lo consentían. Su padre le tenía horas y horas ante el mostrador haciéndole sumar de memoria cifras y cifras para empaparle en el oficio y acostumbrarle al negocio.

Sintió Indalecio la necesidad de encontrar alguien que le comprendiera y le animara en su vocación, y unida esta necesidad al imperio de la carne, que con los años reclamaba lo suyo, pensó en una mujer... en una novia, en un afecto que no tuviera más tiranía que la dulzona y agradable del amor. Las relaciones de sus padres eran muy limitadas y el mozo no tuvo mucho donde escoger. Fué a gusto de aquéllos; una muchacha peliducha, ecclénque, sería, de ojos muy grandes y como espantados. Era hija de un antiguo amigo de Justo, dedicado también al comercio de sedas, con tienda en otro barrio, y de su misma condición y fortuna.

En su afán de poetizarlo todo, Indalecio vió en Antonia Moreno una víctima como él. La inmovilidad de los ojos de la joven huía por expresión de tristeza, de melancolía, de malestar. No... no... Ella no se avería tampoco con aquella existencia monótona é insípida... La muchacha, que nunca tuvo novio, recibió bien al que se presentaba... La novedad del caso la comovió hasta el punto de responder acorde a las palabras de Indalecio sin comprenderlas. Recitóle éste versos que ella tomó como homenaje que le rendía el mozo y no como torrente contenido que se desbordaba... Tal vez aquéi era el modo de hablar de todos los novios y le complacía por eso.

Justo y Manuela aprobaron la elección, pensando en que su hijo abjuraba de sus pasados errores y entraba por el buen camino. Cuando ellos y Moreno murieran, reuniríanse los dos comercios y los ahorros de todos. Moreno pensó lo mismo y dió su consentimiento. Pocos meses después, Indalecio y Antonia se casaron...

¡Qué grito de libertad el que dió Indalecio! Ahora ya cambiaban las cosas. Tenía una persona ligada a él por el vínculo de un sacramento y por la comunión de ideas y se sentía fuerte, dueño de sí mismo, ansioso de lucha con los demás. Aquellos ojazos se lo estaban diciendo, Ahora se vería adónde llegaba él...

Desde el día siguiente al de sus bodas quiso Indalecio poner los cuernos de aquella comunidad y defensa mutua con que soñaba.

Empezó a hablar con gran animación y en tono poético y levantado. Antonia le escuchaba, mirándole fijamente, con los ojos más abiertos que nunca, pero sin entenderle bien. Cuando el mozo se detuvo, le dijo:

—Si... Yo también te quiero mucho... Pero no nos olvidemos de lo principal. Vamos a la tienda... Cien ojos son pocos para evitar que nos jueguen una mala pasada...

Dejó Indalecio caer los brazos a lo largo del cuerpo y se quedó mirando a su mujer como un idiota... ¿Cómo? ¡Aquellos ojos

tan grandes, tan profundos, no servían más que para eso?... ¡para evitar la mala pasada que cualquiera podía jugar!...

Insistió. Habló de escudir el yugo... De romper con todo si era preciso, de abandonar el comercio... de pegar fuego á las dos tiendas...

Antonia le miraba con sorpresa, casi horror. Se apartó de él, y dijo:

—¡Pero tú estás loco! ¡completamente loco!...

Quejose á su padre, á Justo, á Manuela. Había sido engañada... Aquel hombre debís estar encerrado en un manicomio. Decía disparates atroces. Era preciso que entre todos atajaran el mal. ¿Dónde iría á parar Indalecio si le dejaban?

Hubo junta magna de consuegros, y en ella se acordó poner remedio al caso extremando la esclavitud, á la que ya de soltero se sometió al joven. Diólo éste todo por perdido, y volvió á resignarse. Ahora tenía cuatro guardianes; veíase en la necesidad de ocultar sus menores impresiones, de callar cuanto pensaba.

A la calle nunca iba solo; en la tienda no alzaba la cabeza del aborrecido diario sin tropezar con la mirada severa, implacable de sus padres ó de su mujer. Había lanzado una idea horrible... ¡Pegar fuego á las dos tiendas! ¡á las dos!... y pagaba tamaño delito. Además, se le tenía miedo...

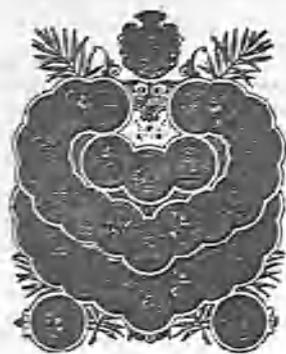
La excitación de su espíritu llegó al colmo, y una noche en que, como de costumbre, apuntaba en el libro las cantidades que don Justo le dictaba, notó de pronto que las rayas rojas y azules desaparecían, que los números se entregaban á un bailoteo infernal y que la pluma hula... hula de sus dedos y corría haciendo ridículas contorsiones sobre el mostrador... Echó atrás la cabeza y se le figuró que su mujer y Moreno, D. Justo y Manuela venían hacia él empujando las varas de medir y en amenaza de metérselas en el cráneo... Para defenderse cogió un bastón... Dió un grito, y atropellando cuanto encontró á su paso, salió á la calle recitando versos...

Luis de Amorena.

SUMARIO.

TEXTO: ¿Qué va á pasar aquí, por Eduardo Bustillo.—Este año, no, por José Jackson Veyán.—Dolora, por Ramón de Campoamor.—El año benéfico, por Eduardo de Palacio.—Evangelio popular, por Miguel Ramos Carrión.—¡Bonito resumen!, por A. Sánchez Pérez.—Hombres y niños, por Miguel Ramos Carrión.—Dos cartas, por Eusebio Sierra.—La contribución, por Clarín.—Un tipo, por Juan Pérez Zúñiga.—Resignación, por Fiacro Yrázola.—¿La firma?, por Ricardo de la Vega.—Similicadencias, por Melitón González.—Una de tantas, por Miguel Echegaray.—Fruta caída, por Jacinto O. Picón.—Pasión, por Miguel Ramos Carrión.—San José y el Niño, por Vital Aza.—Un genio fuerte, por José López Silva.—La mujer camaleón, por Emilio S. Pastor.—Cómo reza el envidioso, por Tomás Luceño.—La posteridad, por Manuel Matoses.—Puesta de sol, por Constantino Gil.—La política en el púlpito, por Ángel R. Chavés.—La costurera santanderina, por José Estrañi.—Cuento, por Manuel del Palacio.—El infierno salvador, por Luis Taboada.—Amorosas, por Sinesio Delgado.—La tienda, por Luis de Ansorena.—Anuncios.

GRABADOS: Apunte de Cabornera, por Amalio Fernández.—Un hombre convencido, por Apeles Mestres.—La novela de la vida.—La contribución.—Un raptó, por Cilla.—Similicadencias, por M. González.—Á la puerta de la casa de la Villa, por Pellicer.—Silabario ilustrado para niños y personas mayores, por *Mecachis*.—Capricho, por Mas.—Un genio fuerte, por Cilla.—La mujer camaleón, por *Mecachis*.—Isabel López (fotografía directa).—Puesta de sol.—La política en el púlpito, por Cilla.—La alegría de los salones, por Pla.—La formalidad en peligro, por M. Alonso.—Amorosas, por Cilla.



COGNACS

PUROS DE VINO GARANTIZADOS
ELABORACIONES Y SOLERAS DESDE 1887

GRAN DESTILERIA A VAPOR SISTEMA CHARENTAIS
8 Grandes Medallas de Oro; 37 Medallas y Diplomas.

BARCELÓ Y TORRES
(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA
Pídanse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
—
TAPIOCA—TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.